

LA TEORÍA MARXISTA DE LA REVOLUCIÓN PROLETARIA

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	3
LA TEORÍA MARXISTA DE LA REVOLUCIÓN PROLETARIA	6
EL DESCUBRIMIENTO DE LA REVOLUCIÓN PROLETARIA	10
LA POLÍTICA DEL <i>MANIFIESTO COMUNISTA</i>	15
LA REVOLUCIÓN PERMANENTE	21
EL DESARROLLO DESIGUAL DEL CAPITALISMO	25
COMPLEJIDAD DE LA FORMACIÓN SOCIAL	28
POLÍTICA Y ECONOMÍA EN LA SOCIEDAD CAPITALISTA	32
LA NATURALEZA DEL ESTADO CAPITALISTA	35
LA INTERNACIONAL	41
LAS LECCIONES DE LA COMUNA	45
PROGRAMA Y PARTIDO	54
ALGUNAS CUESTIONES PENDIENTES	63

INTRODUCCIÓN

La edición de este **Texto de combate** se debe fundamentalmente a una razón: no abundan aproximaciones rigurosas, accesibles y sistematizadas al pensamiento político y estratégico de Karl Marx. Como Perry Anderson relata en sus *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, la tendencia dominante después de 1945 a la hora de estudiar a Marx fue a través de un prisma filosófico: Althusser, Sartre o los italianos Colletti y Della Volpe son buenos ejemplos de ello. Por otro lado, se inician estudios en los que el Estado, la sociología, la historiografía, la economía juegan el papel de hilo conductor. La producción en este campo es impresionante: el marxismo profundiza en campos poco desarrollados hasta entonces, produciéndose intensos debates, muchos de ellos en la *New Left Review*, que fue el espacio original donde se publicó este texto, en 1981.

La *New Left Review* fue fundada en 1960 por un grupo de intelectuales críticos con el Partido Laborista, pero a la vez próximos a un partido que había sido el impulsor del gran proyecto reformista británico, como puede apreciarse en el magnífico documental *El espíritu del 45* de Ken Loach. La *New Left Review* nace con un perfil próximo a un cierto marxismo cultural, pero a la vez muy influido por el espíritu militante del llamado “Movimiento por la Paz”, en el que se encontraron muchos intelectuales de izquierda que habían roto con el Partido Comunista de Gran Bretaña (CPGB) a raíz de la invasión soviética de Hungría en 1956. Entre ellos, estaban Stuart Hall (primer editor de la revista) o E.P. Thompson, quienes jugarán un papel clave en la primera etapa de la revista.

La *New Left* no fue ajena a los debates que se producían en las bases del movimiento obrero organizado: se impulsaron cientos de clubes *New*

ESTE TEXTO DE ROBIN BLACKBURN RESALTA LA VOCACIÓN DE MARX DE PENSAR LA POLÍTICA COMO HERRAMIENTA DE TRANSFORMACIÓN, DONDE CONSTRUYE ANÁLISIS Y PROPUESTAS ESTRATÉGICAS A TRAVÉS DE UNA RELACIÓN DIALÉCTICA ENTRE HIPÓTESIS Y HECHOS HISTÓRICOS

Left por toda Inglaterra, donde se debatían las cuestiones candentes del momento. Aparecieron nuevas temáticas (pacifismo, ecología, feminismo), se recuperaron otras (la cuestión del partido revolucionario, el estalinismo) y, sobre todo, se generó una cultura popular que chocaba con el reformismo del Partido Laborista.

Sin embargo, la incapacidad del ala izquierda del laborismo para desbordar a los sectores burocráticos que dominaban el partido abren una crisis en la *New Left*. Por esas fechas, ya se había producido un cambio en la dirección de la revista, que pasa a tener como editor jefe al ya citado Perry Anderson. De un socialismo muy propiamente británico se pasa a una visión más internacionalista de la política: la *New Left* se convierte en punto de encuentro de la izquierda internacional (e internacionalista) que busca un rearme ideológico. Los debates entre Poulantzas y Miliband, la entrada en escena de una izquierda marxista procedente de Europa del Este, Mandel... muchos de los más brillantes pensadores-militantes escriben en sus páginas. Desde el marxismo revolucionario, heterodoxo y abierto, la *New Left* se convierte en un referente que trasciende fronteras y muros.

Robin Blackburn (1940) fue el editor de la *New Left Review* entre 1981 y 1999. Militó durante muchos años en el International Marxist Group (IMG), la que fue la sección en Inglaterra de la IV Internacional. Una de las características de aquella generación fue la capacidad de generar esa doble figura tan valiosa del intelectual-militante, no solo militante en el sentido de participar en movimientos, proclamas o iniciativas, sino comprometido con la construcción de organizaciones políticas concretas, que, con todas sus limitaciones, impulsaron múltiples luchas y conquistas para la clase trabajadora. De ahí se deriva el interés de este texto. Frente a ciertos marxismos que priorizaban el debate epistemológico o meramente analítico (importante, desde luego), este texto de Robin Blackburn resalta la vocación de Marx de pensar la política como herramienta de transformación, donde construye análisis y propuestas estratégicas a través de una relación dialéctica entre hipótesis y hechos históricos. El pensamiento político de Marx, como demuestra el texto de

Blackburn, cambia, evoluciona y se nutre de la experiencia del movimiento real de la lucha de clases. Obviamente, el pensamiento estratégico para la revolución de Marx es modificado y enriquecido (superado en muchos aspectos) por las aportaciones de revolucionarios y revolucionarias posteriores. No cabe duda de que es un debate abierto y en permanente readaptación: este escrito de Blackburn tiene la ventaja de que, con un estilo ágil, claro y fluido, nos da pistas de por dónde empezar.

Brais Fernández

LA TEORÍA MARXISTA DE LA REVOLUCIÓN PROLETARIA

Robin Blackburn

La auténtica originalidad de la obra de Marx y Engels debe buscarse en el campo político, y no en el económico o en el filosófico. Fueron los primeros en descubrir el potencial histórico de la nueva clase que el capitalismo había originado, el proletariado moderno; una clase que podría lograr una liberación universal de todas las formas de opresión y explotación existentes. El moderno movimiento obrero, capaz de autodeterminación y autoemancipación, capaz de apropiarse de lo mejor de la ciencia y cultura burguesa, no tendría necesidad alguna de exaltación religiosa o utopías. La capacidad política del proletariado provenía de su posición objetiva en la sociedad burguesa. Por tanto, el análisis del capitalismo, y de sus antecedentes y consecuencias, que se encuentra en los escritos de Marx y Engels —no obstante sus iniciales formulaciones necesariamente parciales— era un apuntalamiento de sus teorías políticas. Pero, la contribución decisiva hecha por los fundadores del materialismo histórico fue la teoría de la revolución proletaria. Desgraciadamente, en el marxismo del siglo XX ha ido dibujándose una creciente tendencia a identificar la epistemología o el método filosófico empleado por Marx como su contribución crucial, presentándola como la piedra de toque de la ortodoxia marxista. Esto lo han hecho, de modos diferentes, el Lukács de *Historia y consciencia de clase*, los exponentes del materialismo dialéctico soviético, y Louis Althusser y sus colaboradores en *Lire le Capital*. Existe también un empeño equivalente, aunque menos fuerte, a propósito de la originalidad de las concepciones políticas de Marx y Engels. Se ha intentado sugerir a menudo que sus ideas políticas son, esencialmente, una continuación o desarrollo de las de Maquiavelo, Montesquieu o Rousseau. Lo que resulta especialmente

EL MATERIALISMO HISTÓRICO DESCUBRIÓ, O BIEN REELABORÓ CONCIENZUDAMENTE, CADA UNO DE LOS CONCEPTOS POLÍTICOS IMPORTANTES: CLASE, PARTIDO, ESTADO, NACIÓN, REVOLUCIÓN, BUROCRACIA, PROGRAMA, Y ASÍ SUCESIVAMENTE

curioso, dado que en ningún campo ha sido el marxismo tan original como en este de la teoría política. Porque una de dos, o el materialismo histórico descubrió, o bien reelaboró concienzudamente, cada uno de los conceptos políticos importantes: clase, partido, Estado, nación, revolución, burocracia, programa, y así sucesivamente. Tales conceptos se desarrollaron al hilo de la práctica política marxista y en el curso de una fuerte polémica política. Por otro lado, es evidente que todas las grandes escisiones del marxismo surgieron directamente a propósito de cuestiones políticas, que, por esa razón, proporcionaron los determinantes críticos de la “ortodoxia” marxista. Esto no significa que las disputas filosóficas o epistemológicas no tengan significación para el marxismo; significa tan sólo que surgieron como subproductos secundarios de conflictos sobre cuestiones políticas sustantivas. Esto, por otro lado, no debería sorprendernos, dado que el marxismo adopta un materialismo completo y plenamente consecuente. Ningún punto de vista filosófico puede *producir* la política revolucionaria proletaria, pero a largo plazo únicamente el materialismo será plenamente consistente con ellos¹. La teoría de la revolución proletaria desarrollada por Marx y Engels los sitúa muy lejos de aquellos que han sido reclamados como sus precursores en materia de ciencia política. El hecho de que su teoría política estuviera profundamente basada en un análisis de las fuerzas económicas y sociales contrasta grandemente con la arbitraria y autosuficiente noción de política de Maquiavelo. Su insistencia en que la clase obrera podría emanciparse a sí misma y a todos los otros grupos oprimidos está vivamente en desacuerdo con la concepción de Maquiavelo del Estado como simple instrumento de manipulación principesca y con su perentoria máxima al efecto, ya que, como Maquiavelo escribe en los *Discursos*, “en todos los Estados, sea cual fuere su tipo de gobierno, los auténticos gobernantes no son nunca más de cuarenta o cincuenta ciudadanos”. No existe una analogía válida entre la concepción marxista del partido de la revolución proletaria y el príncipe de Maquiavelo. Las ideas políticas de Rousseau, basadas en una profunda crítica de la desigualdad social, se diferencian del marxismo en un modo completamente diferente. En Rousseau, la crítica

1. Cfr. Sebastiano Timpanaro, *On Materialism*, Londres, 1976.

LA POLÍTICA MARXISTA PUDO NO SURGIR COMPLETAMENTE ARTICULADA DE LAS CABEZAS DE MARX Y ENGELS, PERO REQUIRIÓ, INNEGABLEMENTE, DÉCADAS DE PARTICIPACIÓN EN EL MOVIMIENTO OBRERO

de todas las instituciones políticas es tan radical y profunda que la misma noción de delegación o representación política válida es rechazada. Por tanto, la soberanía del pueblo tan sólo será posible si no existen partidos o facciones en el Estado y no hay comunicación entre sus ciudadanos. Rousseau declara en el *Contrato social*: “Es por consiguiente esencial, si la voluntad general debe expresarse ella misma, que no existan sociedades parciales en el Estado y que cada ciudadano considere tan sólo sus propias opiniones”. Nuevamente, como veremos, no existe analogía válida entre la visión rousseauiana de la voluntad general, inaugurada por el legislador prudente, y la democracia proletaria forjada en la lucha de clases². La política marxista pudo no surgir completamente articulada de las cabezas de Marx y Engels, pero requirió, innegablemente, décadas de participación en el movimiento obrero. Tenían constantemente presente el desarrollo del capitalismo y de la lucha de clases, junto a los nuevos problemas y las nuevas soluciones a ellos. En esos textos escritos por Marx y Engels como intervenciones en el movimiento obrero, es posible rastrear su creciente conciencia de la gran variedad de tácticas e instrumentos de lucha que la clase obrera necesitaría si pretendiera llevar a cabo

2. Lucio Colletti ha afirmado: “Es a Rousseau a quien la crítica del parlamentarismo, la teoría de la delegación popular, e incluso la idea de la desaparición del Estado, puede remontarse. Esto implica, a su vez, que la verdadera originalidad del marxismo debe buscarse más en el campo del análisis económico y social que en el de la teoría política” (L. Colletti en la “Introducción” a K. Marx, *Early Writings*, Londres, 1975, pp. 46 —traducción castellana de este artículo bajo el título de *Introducción a los primeros escritos de Marx* a cargo de editorial Anagrama—). Las afirmaciones que señalan a Maquiavelo como un eminente precursor de la política marxista fueron anticipadas, en su forma más notable, por A. Gramsci; Gramsci se refería con mayor frecuencia al Maquiavelo de *El príncipe* que al de los *Discursos* (ver “El príncipe moderno” en A. Gramsci, *Selections from the Prisons Notebooks*, editado por Quintin Hoare y Geoffrey Nowell Smith, Londres 1971, pp. 123-205 —existe traducción castellana en editorial Nueva Visión y en Ediciones Península—). En estas identificaciones, a menudo se evidencia una tendencia a reducir la política marxista a puro jacobinismo. Desde otra perspectiva, la noción de “democracia totalitaria” creada por el historiador antimarxista J. L. Talmon insiste en la identificación de Rousseau y Marx, aunque cometiendo graves injusticias con ambos pensadores en el proceso: J. L. Talmon, *The origins of totalitarian democracy*, Nueva York 1960, y *Political Messiahism: The Romantic Phase*, Nueva York 1960.

una revolución socialista con éxito frente a un antagonista tan poderoso como el sistema capitalista mundial. Esos trabajos de Marx y Engels carecen de las brillantes paradojas de su filosofía, de la elegancia literaria de su periodismo o de la intrincada abstracción de su economía; son, sin embargo, insuperables en claridad y energía: han resultado ser los inspiradores del socialismo revolucionario. Es de esperar que este resumen de los orígenes de la política marxista, aunque ineludiblemente superficial y selectivo en sus referencias al contexto histórico de los escritos de Marx y Engels, subrayará, no obstante, su crucial significación en el corpus marxista.

EL DESCUBRIMIENTO DE LA REVOLUCIÓN PROLETARIA

Si el principio definitivo del marxismo es la revolución proletaria, entonces es posible fechar con precisión la primera proclama de Marx de que se ha convertido en marxista. En la primera mitad de 1844, Marx publicó su último texto como filósofo crítico y nacionalista radical: “La Introducción a la *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*”. En este texto declara la guerra, en nombre de la filosofía y del proletariado, a las bochornosas condiciones que imperan en Alemania. La base material, el “elemento pasivo”, de esa revolución será el proletariado, la clase radicalmente oprimida, mientras que la filosofía determinará los objetivos de la revolución. “Así como la filosofía halla sus armas *materiales* en el proletariado, del mismo modo el proletariado encuentra sus armas *intelectuales* en la filosofía [...] La *emancipación de Alemania* es la *emancipación del hombre*. La *cabeza* de esa emancipación es la *filosofía*, su *corazón* el proletariado”³.

3. Karl Marx, “Critique of Hegel’s Philosophy of Right. Introduction” en *Early Writings*, pp. 251 y 257. [A partir de este momento, se citará, siempre que sea posible, la edición de OME, dirigida por Manuel Sacristán, que toma como base la edición de MEW (Marx-Engels Werke), Berlín, Dietz Verlag, 1961-1968, recogiendo los materiales que pueda aportar la Nueva MEGA (Marx-Engels Gesamtausgabe) en curso de edición; OME será, por tanto, la primera edición general de las obras de Marx y Engels en lengua castellana. N. T.] Este texto se cita a veces como definidor de la concepción marxiana del papel del proletariado en la revolución (cfr. las observaciones de Alvin Gouldner en “The metaphoricality of Marxism”, Amsterdam, 1974, capítulo del estudio de A. Gouldner *On Marxism*, de próxima aparición). Esto es un gran error, e implica ignorar prácticamente todo lo que Marx y Engels escribieron posteriormente acerca de la clase obrera. Marx, en ese momento, no se había tropezado aún con el movimiento obrero, ni había adoptado el punto de vista de la revolución socialista, de ahí el papel tan pasivo y subordinado que atribuye al proletariado en la revolución.

Marx dedicó la primera mitad de 1844 a estudiar economía política y a rellenar sus cuadernos con los “Manuscritos económico-filosóficos”. En junio de 1844 se produjo en Silesia una revuelta armada de los tejedores. La revuelta fue infravalorada, al considerarla como un hecho de consecuencias mínimas, por el más cercano colaborador de Marx, Arnold Ruge, que escribía bajo el seudónimo de “Un prusiano” en el diario parisino de los emigrados alemanes, *Vorwärts*. Esto provocó una respuesta instantánea de Marx: “Nuestro susodicho prusiano niega que el rey se aterrorizara por varias razones, entre ellas el hecho de que bien pocas tropas eran necesarias para enfrentarse a los débiles tejedores [...] mas, en un país en que los banquetes con brindis liberales y espuma de champaña liberal provocan decretos reales en Consejo [...], en un país donde el ardiente deseo de toda la burguesía liberal de libertad de prensa y de una constitución pudo ser ahogado sin un *solo soldado*, en un país en que la obediencia pasiva es el pan de cada día, el que se haya tenido que instar a las tropas armadas a actuar contra los débiles tejedores, ¿puede dejar de considerarse como un acontecimiento, por más, desde luego, que un *terrorífico* acontecimiento? Además, en el primer combate los débiles tejedores incluso lograron vencer. Solamente pudieron ser vencidos cuando se presentaron refuerzos. ¿Es el alzamiento de una masa de obreros menos peligroso porque puedan ser derrotados sin la intervención de un ejército completo? Nuestro sagaz prusiano debería comparar la revuelta de los tejedores de Silesia con los alzamientos de los obreros ingleses. Comprobaría entonces que los silesianos han demostrado ser tejedores *fuertes*”. Gran parte de este artículo está aún escrito en la vieja jerga filosófica y tiene que ver con una argumentación sobre la revolución alemana. Pero de la revuelta de los tejedores, Marx inferirá que el proletariado es el “agente activo” de la revolución, y que la conciencia política que habían revelado era altamente superior a la “sumisa y sobria mediocridad” de la literatura política de la burguesía alemana, “a pesar de sus eruditos y filósofos”. Marx señala que “pese a su limitación, una revuelta industrial puede contener en sí misma un aliento universal”. Ruge había afirmado que Alemania necesitaba una “revolución social con un alma política”.

AUNQUE EL ENCUENTRO CON EL MOVIMIENTO OBRERO FUE DECISIVO PARA MARX Y ENGELS, NO SE LIMITARON EN MODO ALGUNO A ADOPTAR SIMPLEMENTE SU POLÍTICA. EN EL SENO DEL MOVIMIENTO OBRERO DE LA ÉPOCA SE CONSIDERABA QUE LA EMANCIPACIÓN DE LA CLASE TRABAJADORA DEBERÍA PRODUCIRSE, EN LO ESENCIAL, A TRAVÉS DE ALGUNOS AGENTES EXTERNOS A ELLA.

Marx, para terminar, le replica: “Aunque no sé si la idea de una *revolución social* con un *alma política* es una paráfrasis o un sinsentido, no hay duda alguna acerca de la racionalidad de una *revolución política* con un *alma social*. Toda revolución —el *derrocamiento* del poder existente y la *disolución* del viejo orden— es un *acto político*. Pero no es posible hacer el *socialismo sin revolución*”⁴.

La réplica de Marx al artículo de “Un Prusiano” está fechada en París el 31 de julio de 1844. Naturalmente, aquí acabó la colaboración de Marx con Ruge y los otros filósofos críticos. Varios días después de la publicación del artículo, el 26 de agosto de 1844, se encontró con Engels en París y conversó largamente con él por vez primera. Descubrieron una profunda comunidad de puntos de vista e intereses. Engels, que ha vivido en Manchester, estaba profundamente impresionado por el movimiento cartista y por la política de la clase obrera que éste representaba. Ambos rechazaron las vacilaciones y los juicios nebulosos de los filósofos críticos y consideraron a la clase obrera como una potente fuerza revolucionaria. La idea hecha y derecha de la revolución proletaria se desarrollaría posteriormente, en el curso de su dilatada experiencia práctica en el movimiento obrero en Bruselas, París, Londres y Manchester.

Aunque el encuentro con el movimiento obrero fue decisivo para Marx y Engels, no se limitaron en modo alguno a adoptar simplemente su política. En el seno del movimiento obrero de la época se consideraba que la emancipación de la clase trabajadora debería producirse, en lo esencial, a través de algunos agentes externos a ella. Para los discípulos de Proudhon o R. Owen, los esquemas cooperativos ideados por reformadores ilustrados serían la salvación de los trabajadores: ésta era la manera de resolver la cuestión “social”. Para los seguidores de Blanqui o Weitling, sería la conspiración revolucionaria la que liberaría a las masas proletarias

4. Karl Marx, “Critical notes on the King of Prussia and Social Reform” en *Early Writings*, pp. 403, 415-416 y 420 [se refiere al artículo “Notas críticas sobre el rey de Prusia y la Reforma social de ‘Un Prusiano’” que aparece en el tomo I de MEW, pp. 392-409. Existe versión castellana en prensa de José M. Ripalda en OME, vol. 5, Ed. Crítica].

PARA MARX Y ENGELS, LA APARICIÓN DE LA CLASE OBRERA INDUSTRIAL DESPROVISTA DE PROPIEDAD ABRÍA LA POSIBILIDAD DE UN NUEVO TIPO DE POLÍTICA, NO TAN SUBORDINADA A LA CONSPIRACIÓN O A LA UTOPIA. LOS TRABAJADORES HABÍAN SIDO ORGANIZADOS EN GIGANTESCOS EJÉRCITOS INDUSTRIALES POR EL PROPIO CAPITALISMO

de su esclavitud: éste era el camino de la revolución “política”. Ninguno de estos pensadores anticipó la consideración de la clase obrera como la fuerza conductora consciente de una revolución que uniría lo “social” y lo “político”. Claro que, todos ellos carecían de una concepción precisa del proletariado en tanto que clase: para Blanqui, el término abarcaba a todos aquellos que trabajaban, incluyendo a la mayoría del campesinado; para Weitling, por el contrario, la categoría social más revolucionaria era el lumpenproletariado o “clases peligrosas”. Para Marx y Engels, la aparición de la clase obrera industrial desprovista de propiedad abría la posibilidad de un nuevo tipo de política, no tan subordinada a la conspiración o a la utopía. Los trabajadores habían sido organizados en gigantescos ejércitos industriales por el propio capitalismo. Participaban en un sistema global de producción e intercambio. Únicamente una actividad consciente de esa clase podría destruir el capitalismo y establecer una nueva sociedad, libre de explotación y de opresión, ya que se basaba en la superioridad de las nuevas fuerzas sociales de producción. Marx y Engels presentaron por vez primera una exposición de conjunto de esas ideas en el *Manifiesto Comunista*. El *Manifiesto Comunista* fue preparado y redactado por Marx y Engels a lo largo de casi un año de conferencias y discusiones con los miembros de la Asociación Cultural de Obreros Alemanes. Esos obreros alemanes —*Gastarbeiter* del siglo XX— eran en su mayoría artesanos especializados no propietarios, atraídos por el rápido avance económico que se estaba produciendo en Inglaterra y Bélgica⁵. En un principio, se autoorganizaron al modo de una conspiración revolucionaria clásica —La Liga de los Justos—, según el modelo de las sociedades secretas revolucionarias francesas. De los cartistas ingleses habían aprendido, sin embargo, las ventajas de una agitación y organización de masas abierta. Las asociaciones culturales habían sido establecidas con esta última finalidad por decisión de la Liga. A pesar de todo, Marx y Engels se opusieron a

5. [A propósito de esto, véase “Contribución a la Historia de la Liga de los Comunistas” de F. Engels en Marx-Engels, *Manifiesto del Partido Comunista y otros escritos políticos*, Grijalbo, 1970. N. T.]

la estructura autoritaria y a los avíos cabalísticos de una sociedad secreta que con códigos, jerarquías y santos y seña, aún dirigía las actividades de la Liga de los Justos. Los partidarios de Marx y Engels propusieron con éxito una nueva organización, que se llamó la Liga de los Comunistas, con un nuevo programa, el *Manifiesto*. La nueva Liga debía tener una constitución democrática, con funcionarios elegidos y congresos anuales. Por razones de seguridad, la Liga tenía que ser secreta pero, a la vez, debían utilizarse al máximo todos los recursos disponibles de organización y propaganda pública.

LA POLÍTICA DEL MANIFIESTO COMUNISTA

La primera sección del *Manifiesto* es un elocuente homenaje a las realizaciones históricas del capitalismo y la burguesía. Marx y Engels insistieron, en el campo económico, en que el capitalismo “ha creado maravillas muy distintas a las pirámides de Egipto, a los acueductos romanos y a las catedrales góticas”. Resumen esas maravillas de la siguiente manera: “la burguesía, con su dominio de clase, que cuenta apenas con un siglo de existencia, ha creado fuerzas productivas más abundantes y más grandiosas que todas las generaciones pasadas juntas. El sometimiento de las fuerzas de la naturaleza, el empleo de las máquinas, la aplicación de la química a la industria y a la agricultura, la navegación de vapor, el ferrocarril, el teléfono eléctrico, la adaptación para el cultivo de continentes enteros, la apertura de los ríos a la navegación, poblaciones enteras surgiendo de la tierra como por encanto. ¿Cuál de los siglos pasados pudo sospechar siquiera que semejantes fuerzas productivas dormitasen en el seno del trabajo social?” Refiriéndose a los países capitalistas más avanzados, Marx y Engels afirman que esas realizaciones se han coronado allí con una estructura política apropiada en el transcurso de la revolución burguesa: el Estado-nación moderno y representativo. “Las provincias independientes, ligadas entre sí casi únicamente por lazos federales, con intereses, leyes, gobiernos y tarifas aduaneras diferentes, han sido consolidadas en una sola nación, bajo un gobierno, una sola ley, un sólo interés nacional de clase y una sola línea aduanera. El nuevo Estado-nación es mucho más útil para la burguesía, ya que “después del establecimiento de la gran industria y del mercado universal conquistó finalmente la hegemonía exclusiva

del poder político en el Estado representativo moderno”⁶. La supresión de la fragmentación y particularismo feudal producen una simplificación del orden social. “Toda la sociedad va dividiéndose cada vez más en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases, que se enfrentan directamente: la burguesía y el proletariado”. Pero, con el desarrollo de las modernas fuerzas productivas, la nueva clase trabajadora “se concentra en masas considerables; aumenta su fuerza y adquiere mayor conciencia de la misma”⁷. Los trabajadores ven sus condiciones de existencia continuamente amenazadas por las anárquicas fluctuaciones de la economía capitalista. La propiedad *privada* de los medios de producción, sobrepuesta a la creciente *socialización* de las fuerzas productivas, genera crueles desigualdades y crisis recurrentes.

Al principio, la clase obrera no actúa por sí misma, es movilizadada por la burguesía. La burguesía “para alcanzar sus propios fines políticos debe —y por ahora aún puede— poner en movimiento a todo el proletariado”. Durante esta etapa, “todo el movimiento histórico se concentra, de esta suerte, en manos de la burguesía; cada victoria alcanzada en estas condiciones es una victoria de la burguesía”. Pero, con el desarrollo de la industria capitalista y las fluctuaciones económicas resultantes “los obreros empiezan a formar coaliciones contra los burgueses y actúan en común para la defensa de sus salarios. Llegan hasta formar asociaciones permanentes para asegurarse los medios necesarios, en previsión de estos choques circunstanciales [...]. A veces los obreros triunfan; pero es un triunfo efímero. El verdadero resultado de sus luchas no es el éxito inmediato, sino la unión cada vez más extensa de los obreros. Esta unión es favorecida por el crecimiento de los medios de comunicación creados por la gran industria y que ponen en contacto a los obreros de diferentes localidades. Y basta ese contacto para que las numerosas luchas locales,

6. K. Marx y F. Engels, *El manifiesto del Partido Comunista y otros escritos políticos*, pp. 27, 28-29, 28. 25. [El *Manifiesto* figura en el volumen 4 de MEW, pp. 459-493, y aparecerá en el vol. 9 de OME.]

7. *Ibid.*, pp. 23, 33.

LOS TRABAJADORES VEN SUS CONDICIONES DE EXISTENCIA CONTINUAMENTE AMENAZADAS POR LAS ANÁRQUICAS FLUCTUACIONES DE LA ECONOMÍA CAPITALISTA. LA PROPIEDAD PRIVADA DE LOS MEDIOS DE PRODUCCIÓN, SOBREPUESTA A LA CRECIENTE SOCIALIZACIÓN DE LAS FUERZAS PRODUCTIVAS, GENERA CRUELES DESIGUALDADES Y CRISIS RECURRENTE

que en todas partes revisten el mismo carácter, se centralicen en una lucha nacional, en una lucha de clases. Mas toda lucha de clases es una lucha política [...]. Esta organización del proletariado en clase y, por tanto, en partido político, es sin cesar socavada por la competencia entre los propios obreros. Pero surge de nuevo, y siempre más fuerte, más firme, más potente. Aprovecha las disensiones intestinas de los burgueses para obligarles a reconocer por la ley algunos intereses de la clase obrera⁸. La lucha de clases tan sólo podrá resolverse con la victoria de la clase obrera y la supresión del capitalismo. Únicamente la clase obrera posee el carácter colectivo, cooperativo, requerido para dominar las nuevas fuerzas de producción y asegurar que no dominarán a quienes las han creado. Con la acentuación de la crisis del orden burgués se une a la clase obrera “un sector de los ideólogos burgueses que se han elevado teóricamente hasta la comprensión del conjunto del movimiento histórico”. La clase obrera deviene la base de un nuevo tipo de movimiento político. “Todos los movimientos políticos han sido hasta ahora realizados por minorías o en provecho de minorías. El movimiento proletariado es el movimiento independiente de la inmensa mayoría en provecho de la inmensa mayoría”. Carente de raíces en la propiedad privada capitalista, la misión histórica del proletariado es destruirla. Pero para lograrlo, necesita apropiarse del poder político: “El primer paso de la revolución obrera es la elevación del proletariado a clase dominante, la conquista de la democracia”. Una vez los trabajadores hayan conquistado el poder político, se verán forzados a emprender un programa de “violación despótica del derecho de propiedad y de las relaciones burguesas de producción”. Naturalmente, dado que la infraestructura política burguesa es el Estado-nación, “el proletariado de cada país debe acabar en primer lugar con su propia burguesía”. Pero, esto es la “forma” y no el “contenido” de la revolución proletaria. A través de la generalización de la revolución proletaria, las fuerzas productivas globales desarrolladas por el capitalismo deberían colocarse bajo posesión y control social: “En sustitución de la antigua sociedad burguesa, con sus clases y sus antagonis-

8. *Ibíd.*, pp. 33, 34.

mos de clase, surgirá una asociación en que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos⁹. Podría parecer que el *Manifiesto Comunista* presuponía que el movimiento obrero se desarrollaría más rápidamente en los países más avanzados y que la revolución socialista estallarí primeramente en ellos, ya que era en esas naciones donde las contradicciones se presentaban en su forma más pura y aguda. Ciertamente, ésa era la opinión expresada por Engels en una alocución pronunciada en la época de redacción del *Manifiesto*: “Los cartistas ingleses serán los primeros en alzarse, ya que es precisamente allí donde la lucha entre la burguesía y el proletariado es más encarnizada [...], por ello el combate se ha visto simplificado; el combate se resolverá con un decisivo y único golpe¹⁰. Ciertamente, este es un bosquejo de revolución proletaria que puede ser extraído del *Manifiesto*. No obstante, existe también una indicación de una perspectiva distinta. En el momento en que se escribía el *Manifiesto* las relaciones sociales capitalistas se estaban extendiendo por todo el mundo. El avance económico del capitalismo, combinado con el impacto político de la Francia revolucionaria y las guerras napoleónicas, había socavado la dominación feudal en casi toda Europa. Sin embargo, una revolución burguesa en gran escala, del tipo invocado en el *Manifiesto*, tan

9. *Ibíd.*, pp. 35, 36-37, 48, 37, 50.

10. F. Engels, “Speech on Poland” en *The revolutions of 1848*, editado y prologado por D. Fernbach, Londres, 1973, p. 101. Marx utiliza una perspectiva similar en su carta de 1855 al Parlamento laborista cartista. Este texto contiene también una sucinta explicación de la razón por la que la clase obrera era la fuerza revolucionaria fundamental: “Son los millones de obreros ingleses quienes por vez primera asentaron los pilares de una nueva sociedad; ese pilar era la moderna industria, que transformaba los agentes destructivos de la naturaleza en poder productivo del hombre. La clase obrera inglesa y su invencible energía había dado vida, con el sudor de sus frentes y cerebros, a los medios materiales que ennoblecían el propio trabajo y multiplicaban sus frutos en tal medida que posibilitaban la abundancia general. Al crear las fuerzas productivas inagotables de la moderna industria, habían satisfecho la primera condición para la emancipación del trabajo. No habían satisfecho aún las restantes condiciones. Debían liberar aquellas inagotables fuerzas productivas de las infames trabas del monopolio y someterlas al control conjunto de los productores...”, *Surveys from exile*, p. 278 [las cartas del período corresponden al volumen 52 de OME].

sólo había triunfado en un puñado de países (Inglaterra, Francia, Bélgica, Holanda). El *Manifiesto* reconocía esto implícitamente al insistir en que los comunistas lucharan por la victoria de la revolución democrático-burguesa en todos aquellos países en que ésta aún no se hubiera realizado. Además, el *Manifiesto* afirma que una revolución social dinámica debe servir de base a los movimientos de liberación nacional. Así, por ejemplo, en Polonia los comunistas apoyan “el partido que ve en una revolución agraria la condición de la liberación nacional”. Más sorprendente es aún la afirmación de que las esperanzas comunistas están centradas en Alemania, donde todavía no se ha producido ninguna revolución burguesa. “Los comunistas fijan su principal atención en Alemania, porque Alemania se halla en vísperas de una revolución burguesa y porque llevará a cabo esta revolución bajo las condiciones más progresivas de la civilización europea en general, y con un proletariado mucho más desarrollado que el de Inglaterra en el siglo XVII, y, por lo tanto, la revolución burguesa alemana no podrá ser sino el prelude inmediato de una revolución proletaria”¹¹. De acuerdo con esta concepción, la confusión política y la inestabilidad social subsiguiente a una revolución burguesa tardía, sobrepuesta a las contradicciones fundamentales del avance capitalista, venían a combinarse para dejar el camino expedito a una revolución proletaria. No obstante, esta idea no estaba detenidamente desarrollada en el *Manifiesto*.

Los conceptos directamente políticos contenidos en el *Manifiesto* son escasos y rudimentarios. La creciente expansión de la revolución burguesa estaba procediendo a eliminar todos los residuos de las relaciones sociales y formas políticas precapitalistas. La burguesía creaba un mundo a su imagen y semejanza. El Estado no era “más que una junta que administra los negocios comunes de toda la burguesía”. La función esencial del Estado pudo definirse de un modo igualmente imperioso: “El poder político, hablando propiamente, es la violencia organizada de una clase para la opresión de otra”.

La simplificación de todas las relaciones sociales como consecuencia de la revolución burguesa, significaba que el movimiento proletario podía pro-

11. *Ibid.*, pp. 64, 65.

gresar directamente de la reivindicación económica a la revolución socialista. El programa comunista podría subsumirse en una fórmula única. “La abolición de la propiedad privada”. En el seno del movimiento obrero, los comunistas se distinguen a sí mismos tan sólo por el hecho de que ven el desarrollo futuro de la lucha de clases y porque destacan ante todo los intereses comunes a todo el proletariado, “independientemente de las nacionalidades”. Prácticamente, los comunistas son “el sector más resuelto de los partidos obreros de todos los países”; teóricamente, “tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de su clara visión de las condiciones, de la marcha y de los resultados generales de la revolución proletaria”. Pero, puesto que el desarrollo posterior del movimiento ha sido propiciado por el propio capitalismo, los comunistas deberán aventar el grano de la sociedad burguesa a la vez que realizan sus propias tareas; por tanto, “los comunistas no forman un partido aparte, opuesto a los otros partidos obreros”¹². Es poco menos que innecesario insistir en que las abruptas formulaciones del *Manifiesto* a propósito del Estado burgués o del movimiento proletario eran en exceso simples. Es, quizá, menos evidente que cada una de estas formulaciones conserva un valor definido sobre la base de un análisis más complejo del desarrollo histórico y de la sociedad burguesa.

12. *Ibid.*, pp. 25, 49, 40, 39, 38. El esquematismo del *Manifiesto* es, en parte, un residuo del modo paradójico de reflexión filosófica que se ridiculiza en la sección de “Literatura socialista y comunista”. Esto produjo también declaraciones radicales a propósito de la significación de la nación y de la familia (*ibid.*, pp. 43-46). La teoría económica de Marx y Engels en ese momento contenía la siguiente asunción: “El trabajo asalariado descansa exclusivamente sobre la competencia de los obreros entre sí” (*ibid.*, p. 38). Por esta razón, la simple organización de la clase obrera en sindicatos “socava bajo los pies de la burguesía las bases sobre las que ésta produce y se apropia lo producido” (*ibid.*, p. 38).

LA REVOLUCIÓN PERMANENTE

La propia Liga de los Comunistas, para quien se escribió el *Manifiesto*, no funcionó como un partido durante el año 1848. Los miembros de la Liga regresaron en su mayoría a Alemania, donde se sumaron a los fragmentados procesos revolucionarios de los diferentes Estados alemanes. La Liga era de creación demasiado reciente como para poder resistir tales tensiones como hubiera podido hacerlo una fuerza más coherente. Posteriormente, Marx y Engels declararon que “gran parte de sus miembros —los que participaron directamente en el movimiento revolucionario— creían que ya había pasado la época de las sociedades secretas y que bastaba con la sola actividad pública”. Tal declaración reflejaba, sin duda alguna, su propia posición. Los primeros reveses convencieron a Marx y Engels de la necesidad de reagrupar las fuerzas de la Liga. Creían que existía aún la posibilidad de un nuevo renacimiento revolucionario que llevaría a la clase media democrática, impelida por la reacción monárquica, a adoptar medidas más radicales que las tomadas hasta el momento. En un mensaje remitido en marzo de 1850, Marx y Engels definían la táctica que, en su opinión, tenía que seguir la Liga; al hacerlo, precisaban mucho más su concepción de la revolución proletaria. En la naciente revolución, “por lo que toca a los obreros es ante todo indudable [Marx está exponiendo los intereses de la pequeña burguesía democrática. N.T.] que deben seguir siendo obreros asalariados, pero al mismo tiempo los pequeños burgueses democráticos desean que aquéllos tengan salarios más altos y una existencia mejor asegurada; y confían en lograr esto facilitando por un lado trabajo a los obreros a través del Estado y, por otro, con medidas de beneficencia. En una palabra, confían en corromper a los obreros con limosnas más o menos veladas y quebrantarles su fuer-

za revolucionaria con un mejoramiento temporal de su situación [...]. Mientras que los pequeños burgueses democráticos quieren poner fin a la revolución lo más rápidamente que se pueda, después de haber obtenido, a lo sumo, las reivindicaciones arriba mencionadas, nuestros intereses y nuestras tareas consisten en hacer la revolución permanente hasta que haya quedado descartada la dominación de las clases más o menos poseedoras, hasta que el proletariado conquiste el poder del Estado, hasta que la asociación de los proletarios se desarrolle, y no sólo en un país, sino en todos los países predominantes del mundo, en proporciones tales, que cese la competencia entre los proletarios de estos países, y hasta que por lo menos las fuerzas decisivas estén concentradas en manos del proletariado". Para llevar a cabo esa radicalización de la revolución, la Liga deberá "llevar al extremo las propuestas de los demócratas que, como es natural, no actuarán como revolucionarios, sino como simples reformistas. Estas propuestas deberán ser convertidas en ataques directos contra la propiedad. Así, por ejemplo, si los pequeños burgueses proponen el rescate de los ferrocarriles y de las fábricas, los obreros deben exigir que, como propiedad de los reaccionarios, estos ferrocarriles y estas fábricas sean simplemente confiscadas por el Estado sin ninguna indemnización". En razón a la realización de esta táctica, el proletariado debería desarrollarse en completa independencia política. Mediante la iniciativa de la Liga de los obreros deberán estar "organizados de un modo independiente y centralizados a través de sus clubes". Esos clubes habrían de presentar candidatos obreros a las elecciones que consideran interesantes. "Incluso donde no exista ninguna esperanza de triunfo, los obreros deben presentar candidatos propios para conservar la independencia, hacer un recuento de fuerzas y demostrar abiertamente a todo el mundo su posición revolucionaria y los puntos de vista del partido". Los clubes obreros deberían tener un programa claro para organizar una fuerza armada de nuevo tipo: "los obreros deben tratar de organizarse, independientemente como guardia proletaria, con jefes y un Estado Mayor Central elegido por ellos mismos,

y ponerse a las órdenes, no del gobierno, sino de los consejos municipales revolucionarios creados por los mismos obreros”¹³.

Este asombroso guión de la revolución proletaria era, naturalmente, desesperadamente ilusorio, como Engels admitió posteriormente. No sólo las revoluciones de 1848 habían sido definitivamente aplastadas, sino que, además, “el desarrollo económico no había llegado a una fase lo bastante madura en el continente para poder eliminar el capitalismo”¹⁴. No obstante, el *Mensaje* de 1850 supone una notable anticipación de ciertos elementos de una revolución proletaria partiendo bien del desorden de una revolución democrático-burguesa inacabada, bien de las

13 K. Marx y F. Engels, “Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas” en *Manifiesto Comunista y otros escritos*, pp. 121, 126-127, 135, 131, 132, 131 [el texto puede encontrarse en el vol. 7, pp. 244-254 de MEW que corresponderá al vol. 12 de OME].

14 F. Engels, “Introducción a *La lucha de clases en Francia*” en F. Engels, *Escritos*, trad. de J. Solé-Tura, Barcelona, Península, p. 209. Para una consideración de la actividad política de Marx y Engels en ese primer período, véanse, especialmente, dos recientes e importantes estudios: Michael Löwy, *La théorie de la révolution chez le Jeune Marx*, París, 1970 —traducción castellana de F. González Aramburu en Siglo XXI—, y Fernando Claudín, *Marx, Engels y la revolución de 1848*, Madrid, 1975. Estas obras aportan una necesaria corrección a la forzada interpretación del período que puede encontrarse en Richard N. Hunt, *The political ideas of Marx and Engels*, Londres, 1975. Así, por ejemplo, Hunt arguye que muchas posiciones adoptadas por Marx y Engels en el *Manifiesto* y el *Mensaje de 1850* eran meras concesiones tácticas, inconsistentes con su estrategia política global. Hunt, sin embargo, decepciona en su explicación de las razones por las que Marx y Engels habrían preferido adoptar una táctica en desacuerdo con su táctica, al no hacer lo propio con las razones que justificarían el que ambos textos fueran reimpresos posteriormente sin corrección alguna. Durante toda su vida, Marx y Engels se refirieron al *Manifiesto* en términos muy elogiosos, considerándolo la primera exposición de conjunto de su posición. El *Mensaje de Marzo* de 1850 no tiene, ciertamente, el mismo *estatus* que el *Manifiesto*, pero sería absurdo negar que tanto Marx como Engels se sentían responsables de él. Tanto en lo referente al estilo como en lo que afecta al contenido, el *Mensaje* es muy similar a *La lucha de clases en Francia* de Marx; véase también la notable carta de Engels a Weydemeyer de 12 de abril de 1853, con su presentimiento de la inevitabilidad y riesgos de una revolución proletaria prematura: Marx-Engels, *Selected Correspondence*, Moscú 1965, pp. 77-78 [aparecerá en el vol. 52 de OME].

LA PREOCUPACIÓN DE MARX POR ESTABLECER LOS FUNDAMENTOS REALES DEL ORDEN ECONÓMICO Y POLÍTICO ESTABA EN RELACIÓN DIRECTA CON SU COMPRENSIÓN DE QUE LA CLASE OBRERA TAN SÓLO PODRÍA CONSUMAR SU POTENCIAL FUERZA REVOLUCIONARIA EN EL TRANCURSO DE UNA AMPLIA SERIE DE LUCHAS DE CLASES EN LAS QUE DESARROLLARÍA SU CAPACIDAD POLÍTICA

contradicciones de un reformismo basado en la extensión del nivel de empleo y del bienestar.

Marx y Engels, a causa de su sentido de la realidad política y de su perspicacia para los procesos históricos, pronto se persuadieron de que debían adoptar una perspectiva más moderada. Sin embargo, un fuerte grupo de la Liga de los Comunistas continuaba aferrado, contra toda evidencia, a la idea de que era inminente un nuevo estallido revolucionario y de que, en todo caso, la acción decidida de los revolucionarios podría acelerar su llegada. Marx, a propósito de esa concepción, dijo: "Para ellos las revoluciones no son producto de situaciones reales, sino el resultado de un mero *esfuerzo de voluntad*. Lo que nosotros debemos decir a los obreros en lo siguiente: 'Tendréis quince, veinte, cincuenta años de guerra civil y lucha nacional y no tan sólo para realizar un cambio en la sociedad, sino también para *cambiaros a vosotros mismos* y prepararos para el ejercicio del poder político'. Mientras que vosotros les decís lo contrario: 'O conquistamos el poder inmediatamente, o deberemos quedarnos para siempre en nuestras casas'¹⁵". Del mismo modo en que los demócratas han dado una aura de santidad a la palabra "pueblo", debemos nosotros hacer un ídolo de la palabra "proletariado". Como los demócratas, vosotros ignoráis la idea del desarrollo revolucionario y la sustituís por la consigna de las revoluciones¹⁵. La preocupación de Marx por establecer los fundamentos reales del orden económico y político estaba en relación directa con su comprensión de que la clase obrera tan sólo podría consumir su potencial fuerza revolucionaria en el transcurso de una amplia serie de luchas de clases en las que desarrollaría su capacidad política. Si realmente el movimiento obrero iba a realizar una revolución consciente y a asegurarse el liderazgo de todos los oprimidos y explotados, debía analizar y dominar las múltiples contradicciones del orden establecido.

15. K. Marx, *The Cologne Communist Trial*, Londres, 1971, pp. 62-63.

EL DESARROLLO DESIGUAL DEL CAPITALISMO

El fracaso de la revolución democrático-burguesa de 1848, considerada en su conjunto, alteró la imagen del avance burgués contenida en el *Manifiesto*. Ya en este texto hay varias insinuaciones acerca del carácter desigual del desarrollo histórico —por ejemplo, las consideraciones finales sobre Polonia y Alemania—, insinuaciones que iban a convertirse en los problemas cruciales de la política marxista. Naturalmente, el fracaso de las revoluciones de 1848 no significaba que la época del avance burgués hubiera acabado. El capitalismo era capaz, considerando tan sólo las décadas siguientes o todo el siglo subsiguiente, de realizar impresionantes avances políticos y económicos, aunque con un alto coste para toda la humanidad. Ahora bien, en lo sucesivo, la mayor parte de las transformaciones burguesas de la sociedad y del Estado no tendrían un carácter democrático-revolucionario: se impondrían desde arriba, a través de una alianza entre la burguesía y las antiguas clases gobernantes, o bien desde “fuera”, por medio de la guerra, más que desde dentro y desde la base, a partir de una revolución popular. Una importante razón para ello fue que la propia burguesía pudo ver que algunos trastornos democrático-revolucionarios se convertían fácilmente en una revuelta generalizada contra todas las formas de propiedad y privilegio. Además, en lo tocante al nivel económico, el capitalismo no podía —y no pudo intentar desplazar inmediatamente las formas de opresión y explotación precapitalistas; en lugar de eso, las incorporó a un amplísimo sistema de intercambio dominado por la producción capitalista. Naturalmente, en la época en que el *Manifiesto* fue escrito el capitalismo coexistía con —y se cebaba en la esclavitud en las plantaciones americanas, con la servidumbre en Rusia y en la mayor parte de la Europa del

Este, y con una intrincada maraña de formas precapitalistas de dependencia en la India. Aunque la consecuencia final del dominio del capitalismo sería el socavar esos modos de producción anteriores, el efecto inicial fue el de darles un carácter más concentrado, sistemático y común. En el contexto general del dominio capitalista, una aristocracia feudal pudo convertirse, en sucesivas etapas, en una fracción de la clase capitalista, a la manera de los Junkers prusianos. Por otro lado, como probó el caso de la autocracia zarista, un absolutismo feudal pudo continuar detentando el poder político aunque el capitalismo se hubiera convertido en dominante en la economía global rusa.

En el *Manifiesto*, las relaciones de los Estados capitalistas avanzados con el resto del mundo se habían resumido bajo la fórmula de que el capitalismo “obliga a todas las naciones, si no quieren sucumbir, a adoptar el modo burgués de producción, los constriñe a introducir la llamada civilización, es decir, a hacerse burgueses”. El *Manifiesto*, sin embargo, añade que el capitalismo ha subordinado “los países bárbaros o semibárbaros a los países civilizados, los pueblos campesinos a los pueblos burgueses, el Oriente al Occidente”¹⁶. La experiencia de la expansión capitalista acentuó en gran medida la desigualdad implícita de esas relaciones. La estimación de Marx de la dinámica del capitalismo implicaba que se acumulaba riqueza en un polo y miseria en el otro; faltaba, sin embargo, un análisis detallado y directo de cómo esos procesos se desarrollaban en la economía mundial que el capitalismo estaba creando. En cambio, se tomaba Inglaterra como un paradigma —algunos de los antecedentes de las posteriores teorías marxistas acerca del imperialismo capitalista pueden encontrarse en las secciones de *El Capital* que tratan de la dominación británica de Irlanda—. Aunque el capitalismo estaba desarrollando fuerzas productivas a escala global, el sistema político que concentraba garantizaba las relaciones de producción era el del Estado-nación. Y así como el imperialismo consolidaba el proceso de acumulación de capital en los territorios metropolitanos, minaba también el desarrollo de una

16. Marx-Engels, *El Manifiesto Comunista*, op. cit. p. 28.

EL IMPERIALISMO CONSOLIDABA EL PROCESO DE ACUMULACIÓN DE CAPITAL EN LOS TERRITORIOS METROPOLITANOS, MINABA TAMBIÉN EL DESARROLLO DE UNA BURGUESÍA INDÍGENA EN LAS ÁREAS DEPENDIENTES

burguesía indígena en las áreas dependientes. El imperialismo, en tanto que una sobreestructura de las relaciones sociales capitalistas y precapitalistas, no sólo producía y fomentaba un desarrollo desigual, sino que, a la vez, combinaba las más variadas fuerzas sociales y conjugaba las más atrasadas y las más modernas formas de explotación, de actividad económica e instituciones políticas, produciendo diferentes combinaciones en cada área diferenciada. En ese modelo y en ese confuso abigarramiento de desarrollo desigual puede trazarse, no obstante, una línea divisoria fundamental a partir de los términos del *Manifiesto*. Se trata de una divisoria entre aquellas áreas que han realizado una revolución burguesa, más pronto o más tarde, y aquellas que no han podido hacer lo propio. Con respecto a las primeras, sin embargo, resta aún una importante distinción a hacer: países que han sufrido una revolución burguesa *democrática* y países en que la revolución burguesa ha sido impuesta desde arriba o bien externamente.

LA COMPLEJIDAD DE LA FORMACIÓN SOCIAL

El desarrollo posterior de la estructura social en cada Estado capitalista complicó y confundió el conjunto de tesis contenidas en el *Manifiesto*. La idea de que el capitalismo había permitido simplificar —estaba a punto de hacerlo— la estructura de clases no se confirmó. Incluso en la mayor parte de los países avanzados, siguió existiendo un campesinado con sus propias diferenciaciones internas, lo que planteaba un problema crucial a la estrategia revolucionaria. Marx y Engels reconocieron esto y combatieron la consigna anarquista de abolición de toda propiedad patrimonial —que era en su mayor parte propiedad sobre la tierra—, ya que podía impedir que el movimiento obrero lograra una alianza con el campesinado. En la *Crítica al Programa de Gotha* (1875), Marx rechaza enérgicamente la fórmula que proclama que frente a la clase obrera “todas las demás clases no forman más que una masa reaccionaria” y pregunta con particular énfasis si los *campesinos* han de agruparse bajo ese mismo rótulo junto a los burgueses y terratenientes¹⁷.

La tesis de la simplificación ni siquiera se sostiene en el caso de la población urbana. En el propio *Manifiesto* se restringía la tesis mediante la afirmación de que se ha formado “—y, como parte complementaria de la sociedad burguesa, sigue formándose sin cesar— una nueva clase de pequeños burgueses”. No obstante, los individuos que la componen están siendo sucesivamente desplazados, con el desarrollo de la moderna in-

17. K. Marx, *Crítica del Programa de Gotha*, Madrid, Ricardo Aguilera editor, 1970, p. 26 [se refiere al *textK*. to publicado en MEW en el vol. 19, pp. 11-32, que aparecerá en OME, vol. 33].

**EL ANÁLISIS MARXIANO DEL MODO DE PRODUCCIÓN
DEPENDE DE LA CAPACIDAD POSTERIOR DE INTEGRAR
LA CIENCIA EN LOS PROCESOS PRODUCTIVOS Y DE LA
CRECIENTE DISCREPANCIA ENTRE LA SOCIALIZACIÓN DE
LAS FUERZAS PRODUCTIVAS Y LA PRIVATIZACIÓN DE LAS
RELACIONES DE PRODUCCIÓN.**

dustria, y reemplazados por “capataces, administradores y empleados”¹⁸. Los intereses y posiciones de clase precisos de esos capataces, administradores y empleados no habían sido especificados. En *El Capital*, Marx no abandonó explícitamente la tesis de la polarización, pero el grueso de su investigación estaba lejos de ese tema. En tanto en cuanto la clase obrera estaba implicada, admitía la tendencia del capitalismo a producir complejas series de divisiones internas: “los estratos mejor pagados”, los trabajadores “nómadas”, “el ejército industrial de reserva”, etc. (ver *El Capital*, vol. 1, cap. 25). El análisis marxiano del modo de producción depende de la capacidad posterior de integrar la ciencia en los procesos productivos y de la creciente discrepancia entre la socialización de las fuerzas productivas y la privatización de las relaciones de producción. Esto hace necesario abandonar una serie de temas espinosos para el análisis marxista de las clases, esto es, en relación a los exactos valores de clase de categorías diversas como científicos, técnicos, supervisores, profesores, funcionarios estatales, vendedores, etc. Marx estaba muy preocupado en *El Capital* y *Las teorías de la plusvalía* por la distinción entre trabajadores productivos e improductivos, pero no llegó a ninguna conclusión sistemática sobre el tema. En el seno de la clase obrera la competencia en el mercado laboral enfrenta a un grupo de obreros contra otro y refuerza la diferenciación por medio de una serie de características secundarias: edad, sexo, religión, lengua, origen étnico, etc. Entre tanto, la involución de las relaciones de producción entre la burguesía y el proletariado desplaza a muchos sectores intermedios.

El progreso desigual de la revolución burguesa supuso que existiera una considerable heterogeneidad, tanto entre las clases poseedoras como

18 K. Marx, *El Manifiesto comunista*, op. cit., p. 53. En su *The Leninist Theory of Organization* (trad. castellana en editorial Era), Londres 1974, Ernest Mandel se ocupa de la posición de clase de los trabajadores intelectuales y de los técnicos. Véase también, de Nicos Poulantzas, “The Petty Bourgeoisie: Traditional and New” en *Class in Contemporary Capitalism*, Londres, 1975, pp. 191-327, y de Erik Ohlin Wright, “Contradictory Class Locations” en *New Left Review*, 98, julio-agosto 1976.

EL ANÁLISIS HISTÓRICO DE LA LUCHA DE CLASES EN FRANCIA Y DEL 18 BRUMARIO DE LUIS BONAPARTE EXPLICA LAS CIRCUNSTANCIAS PARTICULARES QUE PRODUJERON UN REFORZAMIENTO DE LA AUTONOMÍA RELATIVA DEL ESTADO CON RESPECTO A —PERO EN INTERÉS DE— LAS CLASES POSEEDORAS

entre las masas. Marx identifica una serie completa de fracciones de la clase gobernante francesa en sus reflexiones sobre 1848 y sus consecuencias. Esas fracciones reflejaban tanto la experiencia histórica de la burguesía francesa, como los diferentes tipos de propiedad (tierra, industria, comercio, finanzas). Marx tuvo que estudiar en *El Capital* los procesos ocultos por los que capitalismo asumió y absorbió las formas precapitalistas de renta de la tierra. Sin embargo, la diversidad existente entre las clases poseedoras no es óbice para que esas diferentes facciones se agrupen en torno al poder estatal cuando los intereses de la propiedad están en juego. Una gráfica demostración de esto la proporcionó la sangrienta represión de la insurrección popular parisina de junio de 1848, que Marx consideró el punto de inflexión del proceso revolucionario que sacudiría Europa. “Ciertamente, la derrota de los insurrectos de junio había preparado, allanado, el terreno en que podría asentarse y erigirse la república burguesa”. Marx caracterizó la república constitucional como la dictadura de los “explotadores unidos”, a causa del miedo, en torno al Estado y a la constitución. Con respecto a las libertades contenidas en la Constitución de la República francesa, Marx señaló que estaban tan condicionadas por las disposiciones que las controlaban, que tan sólo podrían ser utilizadas efectivamente por la clase poseedora: “Cada artículo de la Constitución contiene, en efecto, su propia antítesis, su propia cámara alta y su propia cámara baja. En la frase general, la libertad; en el comentario adicional, la anulación de la libertad. Por tanto, mientras se respetase el nombre de la libertad, y sólo se impidiese su aplicación real y efectiva —por la vía legal, se entiende—, la existencia constitucional de la libertad permanecería íntegra, intacta, por mucho que su existencia real fuera reducida a cero”. Aunque la soberanía formal reside en la propia constitución, su garante físico es el poder ejecutivo y represivo del Estado. Este poder se concentraba en la persona del presidente, que “tiene bajo su mano todo el poder armado”, y en la dilatada burocracia de la administración estatal, burocracia que el presidente, por su potestad, puede elegir¹⁹. El análisis histórico de la *Lucha de clases en*

19. K. Marx, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, trad. de O. P. Safont, Barcelona, Ariel,

Francia y del 18 Brumario de Luis Bonaparte explica las circunstancias particulares que produjeron un reforzamiento de la autonomía relativa del Estado con respecto a —pero en interés de— las clases poseedoras. Pero aunque este fenómeno tomó la particular forma francesa del bonapartismo, el análisis general de Marx del modo de producción capitalista insinuaba ya, hasta cierto punto, que éste era un rasgo posible de algunas formaciones sociales dominadas por el capitalismo. Este análisis revelaba una obligatoria separación del nivel político del económico en la sociedad burguesa. Una consideración de esta tesis establecerá con mayor exactitud la naturaleza y la especificidad del orden político.

1968, pp. 24, 31, 32 [puede encontrarse el texto en el vol. 8 de MEW, pp. 111-207].

POLÍTICA Y ECONOMÍA EN LA SOCIEDAD CAPITALISTA

Algunos rasgos esenciales del modo de producción capitalista se habían apuntado ya en el propio *Manifiesto*; sin embargo, *Trabajo asalariado y Capital* nos proporciona una exposición más minuciosa de las opiniones de Marx en aquel momento. Es en este último texto donde Marx define al moderno proletariado como una clase de “trabajadores libres”, a diferencia del esclavo o del siervo. “El esclavo es vendido de una vez y para siempre, con su fuerza de trabajo, a su dueño. Es una mercancía que puede pasar de manos de un dueño a manos de otro [...]. El siervo de la gleba es un atributo del suelo y rinde frutos al dueño de éste. En cambio, el *obrero libre* se vende él mismo y, además, se vende en partes [...]. El obrero no pertenece a ningún propietario ni está adscrito al suelo, pero las ocho, diez, doce, quince horas de su vida cotidiana pertenecen a quien se las compra. El obrero, en cuanto quiera, puede dejar al capitalista a quien se ha alquilado, y el capitalista le despide cuando se le antoja, cuando ya no le saca provecho alguno o no le saca el provecho que había calculado. Pero el obrero, cuya única fuente de ingresos es la venta de su fuerza de trabajo, no puede desprenderse de *toda la clase de compradores*, es decir, *de la clase de los capitalistas*, sin renunciar a su existencia”²⁰.

20 K. Marx, *Trabajo asalariado y capital*, Barcelona, Nova Terra, 1970, p. 28 [pertenece al vol. 6 de MEW, pp. 397-423]. El trabajador es “libre” también en el sentido de no propietario. Una vez dentro de la factoría capitalista, el trabajador está sujeto a la autoridad del capitalista o de su gerente. No obstante, este hecho no merma el significado del contrato libre por el que el trabajador vende su fuerza de trabajo al capitalista, sobre todo desde que la transformación de los procesos de trabajo originada por los continuos avances técnicos impele a ambas partes a redefinir los términos de la venta original. Aunque la organización

UN RASGO CRUCIAL DEL PROCESO DE TRABAJO EN EL CAPITALISMO DESARROLLADO ERA QUE LA PLUSVALÍA SE LE EXTRAÍA AL PRODUCTOR DIRECTO SIN QUE EL INMEDIATO EXPLOTADOR UTILIZARA COERCIÓN FÍSICA

Puesto que la clase capitalista posee los medios de producción decisivos, siempre podrá explotar al conjunto del proletariado sobre la base de un canje libre e igual de salarios a cambio de fuerza de trabajo. Marx, naturalmente, sólo desarrolló el concepto de fuerza de trabajo con todas sus implicaciones en sus últimos escritos; pero ya en *Trabajo asalariado y Capital*, Marx estaba acentuando las importantes distinciones, antes mencionadas, entre la posición del productor directo en el capitalismo y en los modos de producción anteriores. La insistencia posterior de Marx en el hecho de que el trabajador vende al capitalista, no un tipo y cantidad definida de trabajo, sino su capacidad general para trabajar durante un período concreto, reforzó la consideración del obrero bajo el capitalismo como trabajador libre. Un rasgo crucial del proceso de trabajo en el capitalismo desarrollado era que la plusvalía se le extraía al productor directo sin que el inmediato explotador utilizara coerción física. Esta característica permitía una creciente separación de la *organización de la producción* y de la *organización de la violencia*, o, para expresarlo con otras palabras, de la *política y la economía*. El propietario de esclavos y el señor feudal, si querían extraer plusvalía del productor directo, necesitaban, respectivamente, un grupo de capataces armados o un séquito armado; todo lo que el capitalista necesitaba, una vez se habían establecido las condiciones de la producción capitalista mediante la posesión privada de los medios de producción decisivos, era un contrato libre e igual para canjear salarios

de los trabajadores en la esfera productiva se encamine a limitar el poder arbitrario de la dirección, finalmente, siempre y cuando la propiedad capitalista de la industria continúe siendo efectiva, deberá aceptarse esa autoridad de alguna forma. Ver la discusión en Ernest Mandel, *The Formation of the Economic Thought of Karl Marx*, Londres, 1971, capítulos 4 y 9. Es posible observar una tendencia a reducir las relaciones sociales capitalistas a meras relaciones autoritarias en la fábrica o en el lugar de trabajo, en la teoría social crítica de la Escuela de Frankfurt: ver H. Marcuse, "A Study on Authority" en *Studies in Critical Philosophy*, Londres, 1972, pp. 128-143. Sin embargo, es preciso reconocer que los marxistas no han estudiado suficientemente la diaria lucha contra la autoridad que se realiza en el lugar de trabajo y que se inserta en la estructura general de las relaciones sociales capitalistas.

a cambio de fuerza de trabajo. Bajo esas condiciones, el obrero deberá acumular capital para el capitalista y para reproducir las condiciones de su propia explotación. Será necesario, naturalmente, defender la propiedad privada capitalista de los ataques, privados o colectivos, y para ello se requerirá un cuerpo especializado de hombres armados. Pero esa fuerza represiva especializada no debe estar dirigida por el propio capitalista. La función esencial del Estado consiste en salvaguardar las condiciones de producción capitalistas. En ese contexto, las primitivas formulaciones del *Manifiesto* adquieren una significación precisa; el Estado, en efecto, es un mecanismo para administrar los negocios comunes de toda la clase dirigente y, primero y principalmente, el poder organizado de esa clase para oprimir a las restantes.

LA NATURALEZA DEL ESTADO CAPITALISTA

Siguiendo el análisis marxiano del modo de producción capitalista, podemos definir al Estado capitalista como una organización especializada de fuerza, que garantiza las condiciones de producción capitalistas. Si de lo que se trata es de administrar los negocios comunes de toda la burguesía necesitará, obviamente, detentar el monopolio incontestado de la fuerza en su propio territorio. Se trata de una concepción que viene a quedar, lógicamente, completada *con lo* mantenido por la sociología burguesa clásica, en especial por Marx Weber. Cosa ésta que no debe sorprendernos, ya que Weber reconocía que su propia definición del Estado como la institución que ejerce con éxito el monopolio de la fuerza legítima en un territorio dado, estaba tomada de las palabras de un marxista ruso llamado Trotsky²¹. La concepción de Weber era una versión abstracta y ahistórica de la original marxista. Marx y Engels enraizaron la aparición del Estado con el desarrollo histórico de un producto excedente. Los rasgos específicos del Estado capitalista únicamente surgirán a partir de las relaciones capitalistas de producción. Muchos de estos rasgos estaban ya presentes en las postrimerías del Estado absolutista feudal, a causa del desarrollo de una economía de mercado y de los efectos de las primeras revoluciones burguesas en Ho-

21 Max Weber, "Politics as a Vocation" en *From Max Weber*, editado por H. H. Gerth y C. W. Mills, Nueva York, 1946, pp. 73-128. Trotsky singularizó por vez primera la organización de la violencia como el monopolio esencial del Estado, en su discurso de defensa ante el Tribunal Zarista en septiembre de 1906 (editado como apéndice a León Trotsky, 1905, Londres, 1974). La conocida formulación marxista de que el Estado desaparecerá en la futura sociedad socialista, se refiere, esencialmente, a la desaparición de la coerción física en las relaciones sociales.

SIGUIENDO EL ANÁLISIS MARXIANO DEL MODO DE PRODUCCIÓN CAPITALISTA, PODEMOS DEFINIR AL ESTADO CAPITALISTA COMO UNA ORGANIZACIÓN ESPECIALIZADA DE FUERZA, QUE GARANTIZA LAS CONDICIONES DE PRODUCCIÓN CAPITALISTAS

landa e Inglaterra. Sin embargo, un aparato estatal estable, diferenciado y unitario sólo apareció después de la revolución burguesa. La policía y las fuerzas armadas modernas requerían tanto un sistema tributario eficaz, como una mínima infraestructura industrial y viaria. A mediados del siglo XX, cada Estado capitalista se encuentra comprometido en una amplia gama de actividades sociales y económicas; esto podría hacer pensar que se está adulterando o restringiendo su función esencial de monopolizar la organización de la fuerza. Ciertamente, esas funciones socioeconómicas son importantísimas en la sociedad capitalista avanzada, pero en ningún caso debilitan o restringen su monopolio de la violencia. Es ese monopolio el que permite al Estado ser el árbitro y garante de toda la formación social. Aunque esa función sólo se revela plenamente en un período de guerra o contrarrevolución, es realmente el continuo sostenimiento de las relaciones sociales lo que define el contexto en que se efectúan las transacciones.

La economía capitalista se desarrolla sobre una base global; así, sólo con el capitalismo se originó una economía mundial; además, media la producción y las relaciones de intercambio de un modo altamente abstracto. La ley del valor, el mercado, la tasa de ganancia y todos los mecanismos económicos operan de un modo opaco y misterioso. Se pone en contacto a vastas poblaciones, pero sólo a través de mecanismos complejos e indirectos. La característica fundamental de las relaciones económicas existentes está parcialmente encubierta por una ideología que insiste en unas pocas y simples relaciones directas: entre el trabajador y el amo, entre el comprador y el vendedor, entre un grupo de obreros y otro que compite con él, etc. Pero, en cada caso, la verdad acerca de tales relaciones tan sólo puede ser desenmascarada aludiendo al contexto económico global. Por el contrario, se dice que el aparato estatal se rige por principios abstractos: las normas legales, las fórmulas institucionales, los mecanismos de representación popular, etc. En realidad, el Estado constituye una esfera de autoridad directa reducida a un territorio concreto, autoridad que se ejerce en base a cadenas de mandos, órdenes, patrullas policiales, rejas de prisiones, guardias fronterizos,

etcétera. Precisamente porque el Estado es un instrumento de este tipo, relaciona directamente a todas las clases sociales las unas con las otras. Por eso, ya en la *Miseria de la filosofía*, Marx caracterizaba al Estado como el “resumen oficial de la sociedad”²². De este modo, cada Estado capitalista constituye y define una particular correlación de fuerzas. Diferencias fundamentales producirán un desplazamiento del régimen político predominante.

Debe recordarse que en el *Manifiesto*, Marx y Engels hablan del “Estado representativo moderno” presentándolo como la culminación del poder político burgués²³. También hacen referencia al decurso histórico por el que la burguesía de los países más avanzados, en su lucha contra la aristocracia feudal —y otros sectores—, intenta conseguir el apoyo del proletariado. Los escritos posteriores de Marx analizan los fundamentos económicos de la democracia burguesa, que apareció por vez primera con las revoluciones burguesas. La ausencia de coerción física en el proceso productivo exige que ésta se concentre en la defensa del perímetro de la formación social y en la garantía de sus instituciones básicas; pero esto no implica que el autónomo aparato represivo gobierne la sociedad. Existen, obviamente, buenas razones para que el aparato represivo sea un instrumento subordinado del gobierno en una sociedad capitalista avanzada, siempre y cuando, claro está, no se deba afrontar una amenaza inmediata para su existencia. El análisis marxiano de la ascensión de Luis Bonaparte puso de manifiesto que la causa de la novísima independencia del poder estatal era tanto la comparativa debilidad y fragmentación de la burguesía francesa, como la fuerza de la recusación popular respecto a ella. La burocracia bonapartista es “la forma inferior y brutal de una centralización que carga aún con su antítesis, con el feudalismo”²⁴.

22. K. Marx, *The Poverty of Philosophy*, Londres, 1957, p. 156 [corresponde al vol. 4 de MEW, pp. 65-182, y aparecerá en el vol. 8 de OME].

23. K. Marx, *El Manifiesto...* p. 25.

24. Marx, *El 18 Brumario...* p.153 [Blackburn cita un pasaje de la edición de 1852, recogido

LA SEPARACIÓN DE LOS NIVELES POLÍTICO Y ECONÓMICO EN LA SOCIEDAD BURGUESA PRODUCE UNA SEGMENTACIÓN DE LA FORMACIÓN SOCIAL

En aquellos países en que la burguesía había acumulado un tremendo poder social y económico, como Inglaterra y Estados Unidos, la maquinaria estatal no podría adquirir igual preponderancia. En un país capitalista desarrollado, el poder represivo del Estado deberá existir siempre como salvaguarda de la integridad del orden social, pero no como instrumento de control de negocios públicos o privados.

Como Marx dice muchas veces, la explotación capitalista es perfectamente compatible con la igualdad y la libertad jurídica. La esfera en que la fuerza de trabajo se compra y se vende como una mercancía es, como escribió Marx en un célebre pasaje de *El Capital*, “un verdadero Edén de los derechos innatos del hombre. Lo único que impera allí es libertad, igualdad, propiedad y Bentham”²⁵. Si los derechos innatos del hombre no son violados por la venta de la fuerza de trabajo, entonces no es necesario que el régimen político los suprima. Además, como el *Manifiesto* y los escritos económicos posteriores clarificaban, el modo capitalista de producción viene también definido por la constante aplicación de la ciencia a la industria y por el consiguiente aumento de la productividad laboral. En esas circunstancias, los capitalistas, incitados por la competencia entre ellos mismos o por la asociación de sus obreros, pueden permitirse otor-

en la nota 67 de la edición castellana anteriormente citada. La edición de 1852 es la original; fue escrita por Marx en forma de artículos semanales que, finalmente, vieron la luz en la revista “Die Revolution”, auspiciada por J. Weydemeyer, en la primavera de 1852. En las ediciones posteriores el párrafo, muy aligerarlo, quedó como sigue: “Conforme avanza la ruina de la propiedad parcelaria, se derrumba el edificio del Estado construido sobre ella. La centralización del Estado, que la sociedad moderna necesita, sólo se levanta sobre las ruinas de la máquina burocrático-militar de gobierno, forjada por oposición al feudalismo”. Nota del traductor]. Sin embargo, el análisis marxiano de la significación del golpe bonapartista para Francia no era correcto; ver la interesante discusión acerca del II Imperio en E. J. Hobsbawm, *The Age of Capital*, Londres 1975, capítulo 6.

25. K. Marx, *El Capital*, vol. 1, libro 1, OME 40, p. 192 (versión de Manuel Sacristán, Barcelona 1976). Ver también el enfoque del problema de la libertad y la igualdad en la sociedad burguesa en “El capítulo sobre *El Capital*” de los *Grundrisse* (versión castellana de Javier Pérez Royo en prensa; corresponde a los volúmenes 21 y 22 de OME).

EL DESARROLLO DEL CAPITALISMO CONDUJO A UNA CRECIENTE INTEGRACIÓN DE LA CIENCIA EN LA PRODUCCIÓN, PERO TAMBIÉN A UNA COMPLEJA DIVISIÓN DEL TRABAJO

gar concesiones económicas a sus empleados. Existen, naturalmente, límites estrictos respecto a las concesiones que pueden hacerse, pero Marx subrayó con especial énfasis que los sindicatos pueden hacer aumentar los salarios y que la clase obrera puede arrancar legislaciones que la favorezcan, incluso de un gobierno puramente burgués.

La separación de los niveles político y económico en la sociedad burguesa produce una segmentación de la formación social. La organización económica de la clase obrera, más o menos directamente producida por el propio capitalismo, se opondrá al patrón en las negociaciones salariales, pero no recusará necesariamente el sistema de propiedad o el Estado capitalista. Como Marx señaló en *Salario, precio y ganancia*, los sindicatos (*trade unions*) defienden los intereses inmediatos de los obreros, pero no plantean, por lo común, una recusación fundamental del capitalismo: “Las tradeuniones trabajan bien como centros de resistencia contra las usurpaciones del capital. Fracasan, en algunos casos, por usar poco inteligentemente su esfuerzo. Pero, en general, son deficientes por limitarse a una guerra de guerrillas contra los efectos del sistema existente, en vez de esforzarse, al mismo tiempo, por cambiarlo, en vez de emplear sus fuerzas organizadas como palanca para la emancipación final de la clase obrera; es decir, para la abolición definitiva del sistema del trabajo asalariado”²⁶. No queda claro en esas palabras, dirigidas a los tradeunionistas ingleses, si el fracaso y limitación general de los sindicatos puede ser superado por un simple desarrollo interno del movimiento obrero. Sin embargo, la misma presencia de Marx ante el consejo general implicaba que no era éste el caso. Incluso en el *Manifiesto*, la organización obrera en proceso de desarrollo —se dice era fortalecida por la adhesión de los intelectuales burgueses que “se han elevado teóricamente hasta la comprensión del conjunto del movimiento histórico”. El desarrollo del capitalismo condujo a una creciente integración de la ciencia en la producción,

26. K. Marx, *Salario, precio y beneficio*, volumen citado con el título genérico de *Trabajo asalariado y capital*, editado por Nova Terra, p. 115 [corresponde al vol. 16 de MEW, p. 101-152, y aparecerá en el vol. 28 de OME].

pero también a una compleja división del trabajo. Cultura y ciencia se desarrollan fuera de la esfera de la producción directa, especialmente en un sistema educativo cada vez más ramificado: las escuelas y universidades no sólo produjeron ciencia y tecnología, reprodujeron también obreros y gerentes, científicos y profesores, gobernantes y gobernados. Naturalmente, la clase dirigente querría mantener, para sí misma y para sus inmediatos subalternos, un acceso privilegiado a la educación, a la ciencia y a la cultura. Si el movimiento obrero quiere convertirse a sí mismo en clase dirigente debe romper ese monopolio, aprovechando, inicialmente, el conocimiento especializado de los “ideólogos burgueses” renegados. Por tanto, Marx era consciente de la paradoja: si el movimiento obrero no era capaz de sacar partido de las defecciones más o menos individuales de la burguesía, permanecería subordinado, en tanto que *clase*, a la burguesía. El *Manifiesto* había puesto nuevamente de manifiesto que la formación política inicial de la clase obrera estaba dominada por la burguesía.

LA INTERNACIONAL

Las actividades de Marx en la Asociación Internacional de Trabajadores (1864-1872) se proponían inducir a los sindicatos a superar su limitación económica y su estrechez corporativa. El *Manifiesto inaugural* redactado por Marx elogiaba campañas políticas tales como la limitación legal de la duración de la jornada de trabajo y el movimiento solidario con la insurrección polaca de 1863. El *Manifiesto* hacía una entusiástica referencia a los esfuerzos simultáneos hechos en varios países “para reorganizar políticamente el partido de los obreros”. Afirmaba que “los señores de la tierra y los señores del capital se valdrán siempre de los privilegios políticos para defender y perpetuar sus monopolios económicos [...]”. La conquista del poder político ha venido a ser, por lo tanto, el gran deber de la clase obrera²⁷. Las instrucciones redactadas por Marx para el Congreso de Ginebra de la Internacional (1867) criticaban a los sindicatos por haberse “mantenido demasiado apartados de los movimientos generales de tipo social y político”. Debieran “autoconsiderarse los representantes y paladines de toda la clase obrera” y “convencer al mundo en general de que sus esfuerzos, lejos de ser estrechos y egoístas, se encaminaban a la emancipación de toda la clase obrera”. No obstante, Marx no consideraba que las luchas locales de los sindicatos contra los patronos fueran insignificantes: eran “combates guerrilleros entre el trabajo y el capital” que podrían fomentar una organización y un entendimiento mayor²⁸.

27. K. Marx, “Manifiesto Inaugural” en *Manifiesto del Partido Comunista y otros escritos*, pp. 77-78.

28. K. Marx, “Instructions for Delegates to the Geneva Congress” en *The First International and After*, compilado prologado por D. Fembach, Londres, 1974, pp. 91-92.

LA CONCEPCIÓN MARXIANA DEL PARTIDO PROLETARIO COMBINABA DOS ELEMENTOS ESENCIALES: DEBÍA BASARSE EN LA EXPERIENCIA Y EN LA ORGANIZACIÓN PRODUCTO DE LAS LUCHAS EN LOS PROPIOS LUGARES DE PRODUCCIÓN, PERO DEBÍA APRENDER, A SU VEZ, A RECOGER TODAS LAS CUESTIONES, NACIONALES E INTERNACIONALES, QUE AFECTASEN A LOS GRUPOS EXPLOTADOS U OPRIMIDOS

Marx instaba sin cesar a las tradeuniones inglesas a constituir su propio partido político independiente, y a dejar de actuar como el apéndice del Partido Liberal. Aunque Marx subestimaba la fuerza potencial del reformismo, no tenía dudas respecto al carácter inicialmente reformista de un partido constituido por los sindicatos ingleses. Marx estaba convencido de que la cuestión crucial era dilucidar si había nacido o no el auténtico partido político de los trabajadores, y no su filosofía política inicial. Un movimiento proletario independiente sería capaz de aprender de su propia experiencia de un modo que estaba vedado a las pequeñas sectas socialistas y a las organizaciones obreras aún bajo la tutela de un partido político burgués. La concepción marxiana del partido proletario combinaba dos elementos esenciales: debía basarse en la experiencia y en la organización producto de las luchas en los propios lugares de producción, pero debía aprender, a su vez, a recoger todas las cuestiones, nacionales e internacionales, que afectasen a los grupos explotados u oprimidos. Con esta finalidad, deberían utilizarse todos y cada uno de los cauces de acción disponibles, incluido el proceso electoral burgués²⁹. En su *Informe al Congreso de Basilea* de la Internacional (1869), Marx señaló la significación de la ola de huelgas que había estallado en Europa, notablemente en Francia. Incluso donde la huelga fracasó, como en Normandía, el fracaso “fue compensado por sus resultados morales. Alistó a los algodoneros normandos en el ejército revolucionario del trabajo, motivó el nacimiento de los sindicatos”. Señaló también Marx en ese informe que la participación con éxito de los candidatos en las elecciones generales ayudó posteriormente a estimular el movimiento huelguístico: “El único rasgo raro de esas huelgas fue su súbita explosión después de una aparente tregua y la rápida sucesión en que se encadenaban la una a la otra. La causa de todo esto era simple y palpable. Habiendo puesto a prueba con éxito sus fuerzas frente a sus déspotas públicos durante las elecciones, después de ellas, los trabajadores estaban

29. A propósito del desarrollo de las ideas políticas de Marx en esa época, véase Angiolina Arru, *Clase y Partido en la Internacional*, Madrid, 1974.

MARX CONCEBÍA CLARAMENTE COMO FORMA ORGANIZATIVA IDEAL DEL MOVIMIENTO OBRERO LA QUE SUPERARA LA DIVISIÓN CAPITALISTA ENTRE LA ESFERA ECONÓMICA Y LA POLÍTICA

dispuestos a ponerlas a prueba frente a sus déspotas privados. En una palabra, las elecciones habían estimulado su propia vitalidad³⁰.

Marx concebía claramente como forma organizativa ideal del movimiento obrero la que superara la división capitalista entre la esfera económica y la política. Éste —el movimiento obrero— necesitaba de la actividad coordinada de diferentes fórmulas organizativas: sindicatos, partidos políticos de clase, etc. Marx dedicó sus energías a la Internacional puesto que combinaba esos diversos elementos de tal modo que permitía un proceso de desarrollo político. La heterogeneidad política de la Internacional era consecuencia del hecho de que ésta era una expresión del auténtico movimiento obrero. A causa del carácter objetivamente antagónico de las relaciones sociales capitalistas, un movimiento obrero auténtico estaba continuamente expuesto a experiencias de las que podría aprender. Engels fue el último en explicar esto, en una introducción al *Manifiesto* escrita en 1888: “Marx, que redactó este programa (el de la Internacional) satisfaciendo a todas las partes implicadas, para el triunfo definitivo de sus tesis confiaba tan sólo en el desarrollo intelectual de la clase obrera, que debía resultar inevitablemente de la acción conjunta y de la discusión. Los acontecimientos y las vicisitudes de la lucha contra capital, las derrotas, más aún que las victorias, no podían dejar de hacer ver a los combatientes la insuficiencia de todas las panaceas en que habían creído hasta el momento y de hacerles más capaces de penetrar hasta las auténticas condiciones de la emancipación obrera”. Aunque Marx hizo concesiones tácticas al redactar la declaración de principios de la Internacional, fue capaz de asegurar que ésta se iniciase con una vibrante declaración de la necesidad de un movimiento obrero independiente. En la misma introducción, Engels afirma que “nosotros ya en aquel tiempo sosteníamos muy decididamente el criterio de que la emancipación de la clase obrera debe ser obra de la clase obrera misma”³¹. Cuando se fun-

30. K. Marx, “Report to the Basle Congress” en *The First International and After*, p. 105.

31. F. Engels, “Preface to the English Edition of the Communist Manifesto” en *The revolutions of 1848*, pp. 63, 65 [aparecerá en el vol. 9 de OME y puede encontrarse en el vol. 4 de

dó la Internacional, Marx tenía una mala opinión de los partidos proletarios y de las sociedades socialistas existentes. Evidentemente, esperaba que los sindicatos que pertenecían a la Internacional, estimulados por su contacto, fueran los instrumentos fundamentales de la autoemancipación de la clase obrera. Como ya hemos visto, esa expectativa estaba parcialmente en desacuerdo con su análisis económico, que afirmaba que las actividades defensivas de los sindicatos eran necesarias y efectivas. Aunque las dislocaciones económicas pudieran impulsarlos a propósitos políticos más generales, eran esencialmente organizaciones para conseguir concesiones económicas, y ahí radicaba su fuerza y su debilidad. La Comuna de París de 1871 hizo ver a Marx la necesidad de que el movimiento proletario desarrollase sus propias formas de organización política para apoderarse del poder y afianzarse en él.

MEW].

LAS LECCIONES DE LA COMUNA

La sublevación de las masas parisinas en 1871, como consecuencia de la guerra franco-prusiana, fue un evento decisivo en la evolución de las ideas políticas de Marx. En un prefacio al *Manifiesto Comunista* escrito en 1872, Marx decía que aunque los principios políticos contenidos en el *Manifiesto* eran globalmente correctos, la experiencia de la Comuna parisina —“que eleva por primera vez al proletariado al poder político”— lo ha vuelto “anticuado” en algunos puntos importantes. El *Manifiesto* no daba ninguna descripción detallada de la forma política de la revolución proletaria ni de sus consecuencias para la maquinaria estatal existente. La Comuna supuso una gráfica demostración de qué se entendía por “dictadura del proletariado”. Pero, por encima de todo, demostró que “la clase obrera no puede simplemente tomar posesión de la maquinaria estatal existente y ponerla para sus propios fines”³².

Marx, desde su más temprana actividad política, sentía profunda antipatía por la burocracia estatal y criticaba la abstracción política del Estado representativo. Su función no era otra, en su opinión, que la de proteger la “imaginaria universalidad de los intereses particulares”. La burocracia se elevaba a sí misma por encima de la sociedad en función de la naturaleza del Estado: “La burocracia ‘posee’ al ser del Estado; el ser espiritual de la sociedad es su propiedad privada. El espíritu general de la burocracia es el *secreto*, el misterio guardado en su seno por la jerarquía [...]”. La

32. K. Marx, *El Manifiesto...* p. 8. Hunt, op. cit., p. 190, al tomar únicamente la palabra “anticuado” y fuera de contexto, manipula y sugiere que Marx habría abandonado “muchos puntos” del *Manifiesto*.

MARX, DESDE SU MÁS TEMPRANA ACTIVIDAD POLÍTICA, SENTÍA PROFUNDA ANTIPATÍA POR LA BUROCRACIA ESTATAL Y CRITICABA LA ABSTRACCIÓN POLÍTICA DEL ESTADO REPRESENTATIVO. SU FUNCIÓN NO ERA OTRA, EN SU OPINIÓN, QUE LA DE PROTEGER LA “IMAGINARIA UNIVERSALIDAD DE LOS INTERESES PARTICULARES”

autoridad es, en consecuencia, el principio de su sabiduría y la idolatría de la autoridad constituye su sentimiento. Pero en el propio seno de la burocracia, el espiritualismo se hace un *materialismo sórdido*, se transforma en el materialismo de la obediencia pasiva, de la fe en la autoridad, del *mecanismo* de una actividad formal fija, de principios de ideas y tradiciones fijas. En cuanto al burócrata tomado individualmente, la finalidad del Estado se hace su finalidad privada: es la lucha por los puestos más elevados; hay que abrirse camino”. Pero Marx insiste en que “la burocracia es únicamente un ‘sistema formal’ con lo que su contenido, fuera de eso, es falso”. El contenido es el interés particular de la propiedad. La conclusión de Marx es que “la supresión de la burocracia sólo es posible cuando el interés general viene a ser realmente interés particular”³³. Las instituciones políticas del Estado representativo no producen tales resultados; producen más bien una abstracción de la sociedad civil en favor de los intereses particulares dominantes: “La separación del Estado político y de la sociedad civil aparece como la separación de los delegados y de sus mandantes... Los delegados de la sociedad civil son una sociedad y no están en el relación con sus mandantes en forma de “instrucciones” de mandato... Son comisionados como representantes de los asuntos generales, pero en realidad representan asuntos particulares³⁴. Esta crítica de la burocracia del Estado representativo, fue hecha por Marx antes de que concibiera a la clase obrera como la clase revolucionaria por excelencia. Este descubrimiento posterior lo hizo Marx al mismo tiempo que consideraba al Estado como un aparato de fuerza que debería ser derrocado. El texto en que Marx bosqueja por vez primera esas dos posiciones es

33. K. Marx, *Crítica de la Filosofía del Estado de Hegel*, México, Grijalbo, 1968, pp. 61-62.

34. *Ibid.*, p. 153. Para un interesante comentario de este pasaje, véase la introducción de Lucio Colletti a *Early Writings*, en especial pp. 28-46. No obstante, Colletti yerra al igualar la real abstracción de las relaciones sociales producidas en la esfera económica por la ley del valor, con la concentración de relaciones sociales producidas por una forma dada de Estado. Esto último viene dado por el carácter de organizador de la violencia que posee el Estado, fenómeno crucial que Colletti no trata (ver pp. 38-39).

DESPUÉS DE CADA REVOLUCIÓN QUE MARCA UN PASO ADELANTE EN LA LUCHA DE CLASES, SE ACUSA, CON RASGOS CADA VEZ MÁS DESTACADOS, EL CARÁCTER PURAMENTE REPRESIVO DEL PODER DEL ESTADO. MARX INSISTÍA EN QUE LA REPÚBLICA PARLAMENTARIA HABÍA JUGADO UN PAPEL DECISIVO EN ESE FORTALECIMIENTO DEL PODER ESTATAL

su artículo sobre las revueltas de los tejedores de Silesia. Anteriormente, había criticado la abstracción política que representaba el Estado: a partir de entonces la emprendería con el Estado en tanto que instrumento represivo que concentraba, por esa razón, las relaciones sociales.

En la *Guerra Civil en Francia*, informe al Consejo General redactado por Marx como reacción frente a la Comuna y su supresión, señalaba por primera vez los rasgos fundamentales del Estado obrero. Cada uno de esos rasgos surgía de la necesidad de dismantelar el antiguo poder estatal: “El poder estatal centralizado, con sus órganos omnipotentes: el ejército permanente, la policía, la burocracia, el clero y la magistratura — órganos creados con arreglo a un plan de división sistemática y jerárquica del trabajo”. A raíz del desarrollo de la industria capitalista y sus luchas de clase consiguientes, “el poder del Estado fue adquiriendo cada vez más el carácter de poder nacional del capital sobre el trabajo, de fuerza pública organizada para la esclavización social, de máquina del despotismo de clase”. Después de cada revolución que marca un paso adelante en la lucha de clases, se acusa, con rasgos cada vez más destacados, el carácter puramente represivo del poder del Estado. Marx insistía en que la República parlamentaria había jugado un papel decisivo en ese fortalecimiento del poder estatal, “para probar a la clase obrera de que la república ‘social’ es la república que asegura su sumisión social”. Una vez el aparato represivo estatal se había convertido en salvaguarda del orden burgués —incluso en la forma de República parlamentaria, o en el imperio bonapartista—, la primera tarea de una revolución proletaria real debía ser el ajuste de cuentas con él: “Por eso el primer decreto de la Comuna fue para suprimir el ejército permanente y sustituirlo por el pueblo armado”³⁵. Las instituciones políticas de la Comuna suponían un avance cualitativo superior, incluso, a la República burguesa más democrática. “La Comuna estaba formada por los consejeros municipales elegidos por sufragio universal en los diversos distritos de la ciudad. Eran

35. K. Marx, *Manifiesto del Consejo General de la Guerra Civil en Francia*, Madrid 1971, Ricardo Aguilera editor, pp. 62, 63 y 65 [puede encontrarse en el vol. 17 de MEW, pp. 313-365].

responsables ante ella y revocables en todo momento. La mayoría de sus miembros eran, naturalmente, obreros o representantes reconocidos de la clase obrera. La Comuna no había de ser un organismo parlamentario, sino una corporación de trabajo, ejecutiva y legislativa al mismo tiempo [...]. Desde los miembros de la Comuna para abajo, todos los que desempeñaban cargos públicos debían desempeñarlos con salarios de obreros [...]. Mientras que los órganos puramente represivos del viejo poder estatal habían de ser amputados, sus funciones legítimas habían de ser arrancadas a una autoridad que usurpaba una posición preeminente sobre la sociedad misma, para restituirla a los servidores responsables de esta sociedad. En vez de decidir una vez cada tres o seis años qué miembros de la clase dominante han de representar y aplastar al pueblo en el parlamento, el sufragio universal habría de servir al pueblo organizado en comunas, como el sufragio individual sirve a los patronos que buscan obreros y administradores para sus negocios³⁶. La forma política de la Comuna permitía a la clase obrera acaudillar a todas aquellas clases amenazadas por el capital en el asalto al viejo orden: “La Comuna tenía toda la razón cuando decía a los campesinos: ‘Nuestra victoria es vuestra única esperanza’ La Comuna habría [...] convertido a los que hoy son sus vampiros (de los campesinos) —el notario, el abogado, el agente ejecutivo y otros dignatarios judiciales que le chupan la sangre— en empleados comunales asalariados, elegidos por él y responsables ante él mismo. Le habría librado de la tiranía del guardia fronterizo, del gendarme y del prefecto; la ilustración por el maestro de escuela hubiera ocupado el lugar del embrutecimiento por el cura”. Esos eran los “beneficios inmediatos” que la Comuna ofrecía al campesino, pero Marx señaló también que únicamente la Comuna hubiera sido capaz de cancelar al campesino las deudas, y de ofrecerle una salvación económica de largo alcance frente a la “competencia de la producción agrícola capitalista”. La Comuna consiguió también que las capas medias se consideraran vencedoras al lado de la clase obrera: “Era ésta la primera revolución en que la clase obrera

36. *Ibid.*, pp. 66, 68.

fue abiertamente reconocido como la única clase capaz de iniciativa social incluso por la gran masa de la clase media parisina³⁷.

Marx afirma que las modestas medidas sociales que la Comuna pudo llevar a cabo durante sus dos meses de sitiada existencia expresaban “la línea de conducta de un gobierno del pueblo por el pueblo”. Entre los más significativos de sus proyectos se encontraban aquellos concernientes a la educación y a la cultura: “Todas las instituciones de enseñanza fueron abiertas gratuitamente al pueblo y, al mismo tiempo, emancipadas de toda intromisión de la Iglesia y del Estado. Así, no sólo se ponía la enseñanza al alcance de todos, sino que la propia ciencia se redimía de las trabas a que la tenían sujeta los prejuicios de clase y el poder del gobierno”. Marx pensaba, particularmente, que la Comuna debería haber tomado medidas económicas y militares más audaces; en especial debiera haber atacado Versalles cuando la correlación de fuerzas les era aún favorable. Pero, a pesar de las limitaciones de la conducta de la Comuna, su mayor realización “fue su propia existencia”. Incluso sus errores estaban abiertos al examen y a la corrección: “La Comuna no pretendía tener el don de la infalibilidad, que se atribuían sin excepción todos los gobiernos a la vieja usanza. Publicaba sus hechos y sus dichos y daba a conocer al público todas sus faltas”. La Comuna contaba con un grupo de líderes incompetentes e inadecuados, incluyendo “supervivientes de revoluciones pasadas, que conservan su devoción por ellas”; “constituyen un mal inevitable; con el tiempo se les quita de en medio; pero a la Comuna no fue dado disponer de tiempo”. Marx resume la significación de la Comuna en los siguientes términos: “La variedad de interpretaciones a que ha sido sometida la Comuna y la variedad de intereses que la han interpretado a su favor, demuestran que era una forma política perfectamente flexible, a diferencia de las formas anteriores de gobierno, que habían sido todas fundamentalmente represivas. He aquí su verdadero secreto: la Comuna era, esencialmente, un gobierno de la clase obrera, fruto de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora, la forma política al fin descubierta para llevar a cabo, dentro de ella, la emancipación económica del trabajo. Sin esta última condición, el régimen comunal habría sido

37. Ibid., pp. 73, 74, 72.

LA COMUNA ERA, ESENCIALMENTE, UN GOBIERNO DE LA CLASE OBRERA, FRUTO DE LA LUCHA DE LA CLASE PRODUCTORA CONTRA LA CLASE APROPIADORA, LA FORMA POLÍTICA AL FIN DESCUBIERTA PARA LLEVAR A CABO, DENTRO DE ELLA, LA EMANCIPACIÓN ECONÓMICA DEL TRABAJO

una imposibilidad y una impostura. La dominación política de los productores es incompatible con la perpetuación de su esclavitud social³⁸.

En *La guerra civil en Francia*, Marx estaba haciendo propaganda en favor de la Comuna, subrayando lo que él consideraba sus rasgos más significativos. Pero, al mismo tiempo, estaba definiendo pública e irrevocablemente la concepción marxista de la dictadura del proletariado. Marx puso especial énfasis en las inmensas potencialidades de la Comuna, con el fin de indicar la trayectoria futura de la revolución social. La demolición del poder del Estado capitalista y la destrucción de su aparato represivo era un preliminar esencial de la expropiación generalizada de la burguesía. A algunos les puede parecer que en la estimación de Marx de la Comuna hay un eco rousseauniano, e, incluso, de los propios escritos primerizos de Marx sobre el Estado. De este modo, por ejemplo, los delegados enviados a la Comuna no serían representantes parlamentarios, puesto que eran “revocables en todo momento y se hallaban obligados por el *mandat impératif* (instrucciones) de sus electores³⁹”.

Además, los “intereses particulares”, reflejados en la Comuna eran, al mismo tiempo, susceptibles de dirigir una emancipación universal. No obstante, sería un error imaginar que las viejas críticas filosóficas habían descubierto simplemente ahora un activo protagonista histórico. Las nuevas fuerzas sociales que se reflejaban en el proletariado, le ofrecieron a éste la posibilidad de producir formas válidas y efectivas de representación política y de control de “los agentes responsables de la sociedad”. No fue necesario temer a la representación. Para Rousseau y para el joven Marx, todas las formas de representación eran una abstracción y una falsificación; para el Marx maduro, el carácter auténticamente colectivo de la clase obrera exigía, si se pretendía dominar las fuerzas productivas de la sociedad moderna, hallar la expresión política colectiva.

38. *Ibid.*, pp. 76, 66, 78, 79, 70. Para las reflexiones privadas de Marx sobre la Comuna, véase Marx-Engels, *Correspondencia*, edición al cuidado de J. Jesiot, Buenos Aires 1973, Ed. Cártago, pp. 252-260 [las cartas del periodo corresponden al vol. 58 de OME].

39. K. Marx, *La Guerra Civil*... p. 67.

**EN LA GUERRA CIVIL EN FRANCIA, MARX ESTABA
HACIENDO PROPAGANDA EN FAVOR DE LA COMUNA,
SUBRAYANDO LO QUE ÉL CONSIDERABA SUS RASGOS
MÁS SIGNIFICATIVOS. PERO, AL MISMO TIEMPO,
ESTABA DEFINIENDO PÚBLICA E IRREVOCABLEMENTE
LA CONCEPCIÓN MARXISTA DE LA DICTADURA DEL
PROLETARIADO**

Puesto que la clase obrera era la rueda motriz de las fuerzas socializadas de producción, tenía la posibilidad de controlar las necesarias formas de abstracción política, de las que la propia Comuna era tan sólo el boceto elemental y primitivo. En el primer borrador de la “Guerra civil en Francia” Marx señaló: como el parlamentarismo y la maquinaria estatal no constituyen la ocupación real de las clases dirigentes, sino tan sólo los órganos estructurados y generales de su dominación, del mismo modo la Comuna no es el movimiento social de la clase obrera encaminada, por tanto, a la regeneración total de la humanidad; se trata tan sólo de los instrumentos organizados de acción. La Comuna no suprime la lucha de clases [...] pero proporciona el medio racional por el que la lucha de clases puede recorrer sus diferentes fases del modo más racional y humano⁴⁰.

40. K. Marx, “First Draft of the Civil War in France” en *The First International and After*, 252-253. Colletti ha desarrollado sus tesis sobre la relación entre Rousseau y Marx en *From Rousseau to Lenin*, Londres, 1972, especialmente en la tercera parte y también en la ya citada introducción a los *Early Writings* de Marx. A pesar de las críticas que aquí se han hecho, debe decirse que en el trabajo de Colletti hay cosas de gran interés, incluyendo una valiosa crítica del uso de la *voluntad* de Rousseau. Colletti ha reconocido en otro lugar que su intento de reducir la política marxista a Rousseau era deliberadamente provocativo; ver Lucio Colletti, “A political and Philosophical Interview”, NLR 86, julio-agosto 1974 [hay traducción castellana íntegra en el número 4 de *Zona Abierta*].

Por otro lado, debe reconocerse que la política marxista contiene una versión, convenientemente transformada, del concepto rousseauiano de soberanía popular: a saber, el concepto de dictadura del proletariado. Como ya hemos visto, la explicación de Marx de ese concepto insiste, sin ningún tipo de ambigüedad, en la soberanía del proletariado y sus aliados en el proceso revolucionario. Los delegados o representantes proletarios están subordinados a la masa de electores, que conserva la soberanía a través del *mandat impératif* y del derecho permanente a la revocabilidad de sus delegados. En su por lo demás valioso estudio del *Contrato social*, Althusser yerra al no señalar en lo más mínimo esta vital contribución rousseauiana. Ciertamente, la intransigente defensa rousseauiana de la inalienabilidad de la soberanía popular se contradice aparentemente con su disposición a concebir medidas especiales, e incluso dictatoriales, para sustentar esa soberanía, como, por ejemplo, la prohibición de facciones o partidos. El estudio de Althusser está, no obstante, principalmente dedicado a establecer las “discrepancias” de este tipo que caracterizan el pensamiento

A resultas de la Comuna, Marx era consciente de que si la batalla de los comuneros había de reemprenderse nuevamente, y si se quería que concluyera de manera victoriosa, era necesario desarrollar políticamente el movimiento obrero. La Comuna había trazado categóricamente las líneas maestras del Estado obrero. Pero, no existe tampoco duda alguna en la reflexión de Marx sobre la Comuna, respecto a que ésta hubiera debido desarrollar un programa económico y social más clarividente. Como consecuencia de la Comuna, los sindicatos ingleses abandonaron la Internacional, que se había convertido en toda Europa en el blanco de la histeria de la clase dirigente. Lo que quedaba de la Internacional se resquebrajó a consecuencia de las disputas con los anarquistas sobre la necesidad de la "acción política". Marx era más consciente que nunca de la necesidad que tenía el movimiento obrero de desarrollar formas políticas adecuadas. La Comuna hubiera sobrevivido más tiempo y hubiera realizado más cosas si hubiera contado con una mayor iniciativa política. Los anarquistas se oponían a que el movimiento obrero desarrollara partidos políticos públicos y querían, en cambio, regresar a la época de las conspiraciones revolucionarias. Aunque Bakunin se oponía a la hegemonía de Marx en el seno de la Internacional en nombre de la democracia, su propia concepción de la organización revolucionaria no tendía en lo más mínimo a estructuras internas democráticas. En algunos lugares, los represen-

del demócrata ginebrino (ver L. Althusser, *Politics and History*, Londres, 1972, pp. 113-160). Naturalmente, también los eruditos no marxistas han tratado de comprender la significación revolucionaria del concepto rousseauniano de soberanía, a pesar de sus rasgos contradictorios: "La destrucción del contrato de gobierno despejó el camino para la destrucción de todos los derechos del gobernante; y a partir de la permanente y absoluta omnipotencia del conjunto del pueblo, suspendiendo el poder ejecutivo y la completa jurisdicción de gobierno tan pronto como éste se reúne, desarrolló su programa de revolución permanente". Otto van Gierke, *The Development of Political Theory: On the Lite and Work of Johannes Althusius*, Londres 1939, p. 98. La valoración marxista más global de Rousseau es el ensayo de Valentino Gerratana en *Ricerche di Storia del Marxismo*, Roma 1972, pp. 3-69 [existe traducción castellana de F. Fernández Buey en dos volúmenes, publicada por Editorial Grijalbo].

A RESULTAS DE LA COMUNA, MARX ERA CONSCIENTE DE QUE SI LA BATALLA DE LOS COMUNEROS HABÍA DE REEMPRENDERSE NUEVAMENTE, Y SI SE QUERÍA QUE CONCLUYERA DE MANERA VICTORIOSA, ERA NECESARIO DESARROLLAR POLÍTICAMENTE EL MOVIMIENTO OBRERO

tantes de Bakunin establecieron verdaderas organizaciones obreras en su provecho, organizaciones que Marx y Engels desconocían. Pero sus actividades conspiratorias acabaron, en su mayor parte, en fiascos, en fantasías, o en algo peor. El rechazo anarquista de la “acción política” originaba también el abandono de la organización revolucionaria basada en el desarrollo de auténticas formas de representación proletaria. Este era, ciertamente, un drástico antídoto contra el reformismo, pero, como ya se ha señalado, no el más efectivo.

PROGRAMA Y PARTIDO

Cuando las dos alas del movimiento obrero alemán —lassalleana y semimarxista— se unieron, adoptando un programa común, en Gotha en el año 1875, Marx y Engels se vieron nuevamente forzados a definir la esencia de su concepción de la política proletaria revolucionaria. Se habían opuesto fuertemente a la influencia de Lassalle, que contaba con un número considerable de seguidores entre los obreros alemanes, por su adulteración de las teorías del *Manifiesto* al adaptarlo al Estado prusiano y a la política de unificación de Alemania bajo la hegemonía de Prusia que preconizaba Bismarck. Los puntos centrales de la agitación lassalleana habían sido la petición de sufragio universal y que las cooperativas obreras fueran financiadas por el Estado; a cambio del cumplimiento de esas peticiones, Lassalle estaba dispuesto a apoyar la política de Bismarck. Tan pronto como Marx se percató de la orientación del programa de Lassalle, rompió sus relaciones con él. Después de la muerte de Lassalle, Marx alentó —y tuvo éxito— a los líderes del partido lassalleano a impulsar una organización sindical que posibilitara el descubrimiento de su propia fuerza a los obreros alemanes. Marx y Engels insistieron repetidas veces en la necesidad de coordinar las divididas fuerzas del movimiento alemán; por ello es aún más significativo que reaccionaran tan enérgicamente frente al programa de unificación. Los principales puntos de discrepancia de Marx y Engels con respecto al *Programa de Gotha* eran: que olvidaba tomar una postura revolucionaria sobre el Estado, que olvidaba situar la lucha de los obreros alemanes en una perspectiva internacional y, por último, que olvidaba basar la estrategia del partido en la lucha de clases proletaria. Cada uno de esos olvidos estaba basado en las confusiones lassalleanas; esto obligó a Marx a redactar una de las

LOS PRINCIPALES PUNTOS DE DISCREPANCIA DE MARX Y ENGELS CON RESPECTO AL PROGRAMA DE GOTHA ERAN: QUE OLVIDABA TOMAR UNA POSTURA REVOLUCIONARIA SOBRE EL ESTADO, QUE OLVIDABA SITUAR LA LUCHA DE LOS OBREROS ALEMANES EN UNA PERSPECTIVA INTERNACIONAL Y, POR ÚLTIMO, QUE OLVIDABA BASAR LA ESTRATEGIA DEL PARTIDO EN LA LUCHA DE CLASES PROLETARIA

exposiciones más sucintas y duras de su política. El *Programa de Gotha* declaraba que “para preparar el camino a la solución del problema social, el Partido Obrero Alemán exige que se creen cooperativas de producción con la ayuda del Estado”. La respuesta de Marx fue la siguiente: “La lucha de clases existente es sustituida por una frase de periodista: ‘el problema social’, para cuya ‘solución’ se ‘prepara el camino’. La ‘organización socialista de todo el trabajo’ no resulta del proceso revolucionario de transformación de la sociedad, sino que ‘surge’ de la ‘ayuda del Estado’, ayuda que el *Estado* presta a cooperativas de producción ‘creadas’ por él y no por los obreros. ¡Esta fantasía de que con empréstitos del Estado se pueda construir una nueva sociedad como se construye un nuevo ferrocarril es digna de Lassalle!” El programa sustituía la referencia a la necesidad de una dictadura revolucionaria del proletariado por una serie de exigencias democráticas dirigidas al Estado alemán existente. Por otra parte, incluso esas exigencias democráticas eran poco entusiastas: “Hasta la democracia vulgar, que ve en la república democrática el reino milenario y no tiene la menor idea de que es precisamente bajo esta última forma del Estado de la sociedad burguesa donde se va a ventilar definitivamente por la fuerza de las armas la lucha de clases, hasta ella misma está hoy a mil codos de altura sobre esta especie de democratismo y que se mueve dentro de los límites de lo autorizado por la policía y vedado por la lógica [...]. Pese a todo su cascabeleo democrático, el programa está todo él infestado hasta el tuétano de la fe servil de la secta lassalleana en el Estado; o —lo que no es mucho mejor— de la superstición democrática; o es más bien un compromiso entre estas dos supersticiones, ninguna de las cuales tiene nada que ver con el socialismo”⁴¹.

En el *Manifiesto*, Marx y Engels habían afirmado que la “acción común del proletariado, al menos en los países civilizados, es una de las primeras

41. K. Marx, *Crítica del Programa de Gotha*, pp. 34, 40,

LA PRÁCTICA INTERNACIONALISTA CONFIGURADA POR MARX EN LA INTERNACIONAL ABARCABA TANTO LA OPOSICIÓN A CUALQUIER GUERRA ENTRE ESTADOS CAPITALISTAS, COMO EL APOYO A LAS LUCHAS DE LOS PUEBLOS Y NACIONES OPRIMIDAS

condiciones de su emancipación⁴². El célebre “¡Proletarios de todos los países, uníos!” había sido siempre el lema de su actividad política. En el *Manifiesto inaugural de la Internacional*, Marx había afirmado: “La experiencia del pasado nos enseña cómo el olvido de los lazos fraternales que deben existir entre los trabajadores de los diferentes países y que deben incitarlos a sostenerse unos a otros en todas sus luchas por la emancipación, es castigado con la derrota común de sus esfuerzos aislados⁴³. La práctica internacionalista configurada por Marx en la Internacional abarcaba tanto la oposición a cualquier guerra entre Estados capitalistas, como el apoyo a las luchas de los pueblos y naciones oprimidas. En su *Manifiesto* sobre la Comuna parisina, Marx recalcó la significación que tenía el hecho de que se hubieran asignado puestos de mando de gran responsabilidad a revolucionarios extranjeros y el que “para marcar nítidamente la nueva era histórica que conscientemente inauguraba [...], la Comuna echara abajo aquel símbolo gigantesco de la gloria guerrera, que era la columna de Vendôme⁴⁴. Los correligionarios alemanes de Marx se habían distinguido, en la época de la guerra franco-prusiana, por su oposición a ella, a pesar de la hábil dirección de escena de Bismarck y la explosión popular de fiebre guerrera.

Marx halló el *Programa de Gotha* completamente falto del espíritu del internacionalismo proletario: “¿Y a qué reduce su internacionalismo el Partido Obrero Alemán? A la conciencia de que el resultado de sus as-

42. K. Marx y F. Engels, *El Manifiesto...* p. 46.

43. K. Marx, “Manifiesto Inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores” en *El Manifiesto del Partido Comunista y otros escritos*, p. 78.

44. K. Marx, *La Guerra Civil en Francia*, p. 76. Un partidario húngaro de Marx, Leo Frankel, fue elegido “Ministro de Trabajo” por la Comuna. En *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Marx concluía declarando que la exaltación de Luis Bonaparte sería fatal para el culto napoleónico: «Pero si por último el manto imperial cae sobre los hombros de Luis Bonaparte, la estatua de bronce de Napoleón se vendrá abajo desde lo alto de la columna de Vendôme» (p. 159). La demolición de la columna de Vendôme decretada por la Comuna se efectuó con la asistencia de Gustave Courbet, que había sido elegido miembro de la Comuna (ver Jack Lindsay, *Gustave Courbet: his life and work*, Londres 1973, capítulo 14).

piraciones 'será la fraternización internacional de los pueblos', una frase tomada de la Liga burguesa por la Paz y la Libertad que se quiere hacer pasar como equivalente de la fraternidad internacional de las clases obreras en su lucha común contra las clases dominantes y sus gobiernos. ¡De los *deberes internacionales* de la clase obrera alemana no se dice, por tanto, ni una palabra [...]. La profesión de fe internacionalista del programa queda, en realidad, *infinitamente por debajo* de la del partido librecambista. También éste afirma que el resultado de sus aspiraciones será la 'fraternización internacional de los pueblos'. Pero, además, hace algo por internacionalizar el comercio, y no se contenta, ni mucho menos, con la conciencia de que todos los pueblos comercian dentro de su propio país"⁴⁵.

Por lo general, Marx y Engels habían considerado la formación de un movimiento obrero unido como algo siempre bueno y deseable en sí mismo. Sin embargo, a causa de la polémica con los anarquistas respecto a la "acción política", y a consecuencia de la Comuna, se interesaron mucho más por el problema de la expresión y representación auténticamente política del ideario proletario. Disponer de un programa claro y coherente era de vital importancia para la definición de un partido. Marx, en su nota introductoria a la *Crítica del Programa de Gotha*, argüía que, si sus partidarios no lograban persuadir al ADAV (Asociación General Obrera Alemana) para que abandonara sus panaceas lassalleanas, entonces "habrían tenido que contentarse con un programa de acción o con un plan de organización para la actuación conjunta"⁴⁶. Engels había comentado brevemente, a propósito de la unificación alemana, el hecho de que la diferenciación política en el movimiento obrero era sana e inevitable:

45. K. Marx, *Crítica del Programa de Gotha*, pp. 29-30. Para una vívida narración de la actividad e ideas políticas de Lassalle, véase Theodore S. Hamerow, *The Social Foundation of German Unification*, Princeton 1969, capítulo 6.

46. *Ibid.*, p. 10. Engels escribió también una importante carta a propósito del *Programa de Gotha*, Engels a Bebel. 18-28 de marzo de 1875 en Marx-Engels, *Correspondencia*, pp. 273-280.

“Ya lo dijo el viejo Hegel: la prueba de que un partido ha triunfado es el hecho de que se *divide* y puede soportar la división. El movimiento del proletariado pasa necesariamente por diferentes etapas de desarrollo; en cada etapa hay gente que se queda atrás, que no sigue avanzando”. Recordando posteriormente la lucha contra la influencia de Lassalle, Engels comentaba: “Parece que cada partido obrero de un gran país únicamente pueda desarrollarse a través de la lucha interna, lucha que concuerda, por lo general, con las leyes del desarrollo dialéctico”⁴⁷.

Aunque los socialdemócratas alemanes se consideraban a sí mismos, con el paso del tiempo, cada vez más marxistas, sus relaciones con Marx y Engels fueron a menudo tensas. Un episodio característico, que ilustraba tanto el problema de la representación proletaria como la necesidad de la lucha interna, fue la polémica acerca de la conducta de los representantes parlamentarios del Partido y de los principios que regían la edición de su periódico teórico. Max Kayser, diputado en el Reichstag por el SPD, votaba en 1879 a favor de unos proyectos tributarios de Bismarck; los restantes diputados le habían autorizado a actuar así, a pesar de que esto constituía una violación del programa del partido. El encargado de dirigir el periódico teórico del partido atacó abiertamente la actuación de Kayser, para consternación de la dirección del partido. Por esta razón, la dirección del partido nombró una comisión supervisora para censurar el contenido del periódico. Estos métodos escandalizaron a Marx y Engels. Creían que la violación real de la disciplina la habían cometido Kayser, y que la reacción de Hirsch, el director nominado del periódico del partido, había sido necesaria y estaba enteramente justificada. Ellos se preguntaron: “¿Acaso la socialdemocracia alemana está realmente infectada por la enfermedad parlamentaria y cree que sobre el electo por el pueblo se cierne el Espíritu Santo, que las reuniones de bloque se transforman en concilios infalibles y sus resoluciones en dogmas intocables?” Por lo que respecta a Marx y Engels, los representantes parlamentarios del partido

47. Engels a Bebel, 30 de junio de 1873 Engels a Bernstein, 20 de octubre de 1882, Marx-Engels, *Selected work*, pp. 285, 353.

no se elegían en virtud de su capacidad personal, sino en tanto que paladines del programa del partido. A diferencia de otros representantes en el parlamento, ellos poseían un *mandat impératif*, instrucciones formales expresadas en el programa del partido. El partido de los obreros debía encarnar una democracia proletaria que se opusiera a la autoridad de una clase ajena, personificada en los mecanismos de abstracción política del parlamento burgués. Los diputados socialdemócratas disfrutaban de plenos derechos políticos, pero en tanto que miembros del partido —como cualesquiera otros—, no porque fueran diputados. A Marx y Engels la posición crítica de Hirsch les pareció ejemplar y arremetieron contra el comité editorial impuesto por la dirección del partido, ya que éste intentaba suprimir la discusión en el seno del partido del escandaloso comportamiento de sus representantes parlamentarios; discusión que era muy necesaria y saludable: “Ellos están manifestando de tal manera su absoluto poder burocrático que, en respuesta [...] a Hirsch, reclaman ya más autoridad para *decidir* sobre la aceptación de artículos. El comité editorial es ya un comité de *censura*”⁴⁸. La actitud del propuesto “comité editorial” se encontró con una fuerte oposición por parte de Marx y Engels, tanto en lo concerniente al contenido político de sus propuestas, como en lo relacionado con sus métodos burocráticos. El comité editorial había declarado que se oponía “a una lucha unilateral por los intereses de los obreros industriales” y que deseaba que el partido se convirtiera en una organización de “todos los demócratas honestos [...] a cuya cabeza deberían marchar los representantes independientes de la ciencia y todos los que estuviesen animados de un verdadero amor por la humanidad”; elogiaban la actividad del partido, ya que rechazaba “el camino de la violenta y sangrienta revolución” para seguir, en cambio, “el camino de la legalidad, es decir, de la reforma”. Marx y Engels se sintieron ultrajados por esa descarada renuncia a la lucha de clases abogada por el comité editorial; al combatirla subrayaron de nuevo su axioma fundamental, esto

48. Marx y Engels, “Circular a Bebel, Liebknecht, Bracke y otros” (17-18 de septiembre de 1897) en *Correspondencia*, pp. 300, 298.

es, que la verdadera fuente de toda la política proletaria era la fuerza elemental de la lucha de clases. Ellos resumieron así los argumentos del comité editorial: “De manera que si los 500.000 o 600.000 votantes socialdemócratas —que constituyen entre una décima y una octava parte de todo el electorado, y que están distribuidos a lo largo y a lo ancho del país— son tan prudentes que no quieren voltear las murallas con su cabeza, intentando una “sangrienta revolución” de uno contra diez, esto demuestra que hacen voto de no aprovechar un violento acontecimiento de política exterior, de una súbita insurrección revolucionaria que surja de él, o incluso de una *victoria* del pueblo obtenida en un conflicto surgido del mismo. Si Berlín se muestra de nuevo tan inculto para hacer un 18 de marzo⁴⁹, los socialdemócratas, en lugar de participar en la lucha como “canallas empeñados en levantar barricadas”, deberán más bien “seguir el camino de la legalidad”, actuar pacíficamente, “quitar las barricadas y, si fuese preciso, marchar con el glorioso ejército en contra de las rudas, incultas y unilaterales masas. Y si los caballeros afirman que no es esto lo que quisieron decir, ¿qué quisieron decir entonces?”⁵⁰

En opinión de Marx y Engels, el propio partido y sus seguidores tenían que prepararse para un estallido de revueltas populares precipitado por algunos “hechos externos” (guerra, crisis del orden dirigente, etc.). Tenían que presentar continuamente en toda su actuación política, incluso en el Reichstag, propuestas y exigencias intencionadas para estimular la organización y combatividad del movimiento extraparlamentario y para desenmascarar los corrompidos manejos del sistema capitalista. El comité editorial, por el contrario, deseaba limitar la actuación del partido a ciertos “objetivos inmediatos” aceptables por el poder. Como Marx y Engels señalaron, “no hay que *abandonar* el programa, sino únicamente *postergarlo... para las calendas griegas*. Se lo acepta, no para uno mismo y para la época en que ha de vivir, sino como programa póstumo, como

49. [Se refiere a las luchas callejeras de Berlín que precedieron a la revolución de 1848, N. T.]

50. “Circular a Bebel...”, pp. 301, 303.

legado a transmitir a sus hijos y a los hijos de sus hijos. Entre tanto, uno dedica 'toda la fuerza y la energía' a toda clase de bagatelas y a remendar el orden social capitalista, para tener por lo menos la apariencia de que se hace algo sin amedrentar al mismo tiempo a la burguesía. Después de esto, comienzo a estimar al comunista Miquel que, para demostrar su inquebrantable convicción de que la sociedad capitalista se va a derrumbar dentro de unos centenares de años, piensa seguro en esto, contribuye con lo mejor de sí mismo a la crisis de 1873 y hace así *efectivamente* algo para acercar el hundimiento del orden actual"⁵¹.

Marx y Engels concluyen enfáticamente: "Por ello no podemos colaborar con personas que dicen que los obreros son demasiado incultos para emanciparse por su cuenta y que deben ser liberados por los filántropos burgueses y pequeño burgueses", indicando, "si esos caballeros se constituyen en partido socialdemócrata pequeño burgués, tendrán perfecto derecho a ello; será posible, entonces, negociar con ellos y formar un frente común según las circunstancias"⁵². Marx y Engels, siempre habían insistido en que el movimiento obrero debía esforzarse colectivamente por apropiarse de lo mejor de la ciencia y cultura burguesa. Los intelectuales burgueses aislados serían bien acogidos en el movimiento obrero, y podrían "aportarle elementos culturales". Pero tales renegados de la clase dirigente únicamente podrían aportar una genuina contribu-

51. *Ibíd.*, p. 304. Engels escribió a Bebel el 16 de diciembre de 1879 lo siguiente: "La historia mundial está siguiendo su curso sin hacer caso de esos moderados y prudentes filisteos. En Rusia, las condiciones llegarán a un punto definitivo en pocos meses; o bien el absolutismo es derrocado, y entonces, tras la bancarota de la gran reserva de la reacción, una atmósfera diferente impregnará rápidamente Europa, o bien estallará una guerra a nivel europeo, que enterrará al actual partido alemán bajo la inevitable lucha de cada pueblo por su existencia nacional. Una guerra de este tipo sería nuestra mayor desgracia; baría retroceder al movimiento veinte años. Pero el nuevo partido que, al final, surgiría en todos los países europeos estaría de todos modos libre de una gran parte de la incertidumbre y la vileza que ahora entorpecen el movimiento por todas partes". En Marx-Engels, *Selected Works*, p. 331.

52. Marx y Engels, Circular a Bebel... p. 306.

ción si aceptaban la autoemancipación de la clase obrera. Ciertamente, ni Marx ni Engels subestimaban su personal contribución teórica al movimiento obrero, y fue, indudablemente, su privilegiado acervo cultural lo que hizo posible esa contribución; pero a partir de 1840 se esforzaron en estudiar y aprender del movimiento proletario real, histórico y de su experiencia de la lucha de clases: de la revuelta de los tejedores de Silesia, de los cartistas, de las revoluciones de 1848 y sus consecuencias, del movimiento feniano en Irlanda, del desarrollo de las Trade Unions inglesas, de la Comuna, de las experiencias de los primeros partidos obreros, etc. Originariamente su política era altamente esquemática y a menudo estaría en desacuerdo con sus puntos de vista políticos posteriores (por ejemplo, en el caso del colonialismo); pero se basaron principalmente en el desarrollo real del movimiento obrero y no trataron de imponerle sus propias panaceas u utopías predilectas. Tan pronto como sus análisis del orden burgués se hicieron más elaborados, sucedió lo propio con sus concepciones políticas. Eran partidarios de combinar varias tácticas, a fin y efecto de desarrollar el movimiento obrero en tanto que guía del movimiento consciente, independiente, de la inmensa mayoría. Creían que el movimiento obrero era capaz de controlar las estructuras que se necesitaban para destruir el orden burgués. Insistían en que la soberanía última pertenecía al propio movimiento obrero en su lucha contra el orden existente.

ALGUNAS CUESTIONES PENDIENTES

No obstante, la teoría política que Marx y Engels desarrollaron era incompleta en algunos puntos. A partir de la mitad de la década de los 40, se revelaron como generalmente hostiles a la mayoría de las manifestaciones de nacionalismo. Su incorrecto análisis de la dimensión internacional de la expansión capitalista motivó que no fueran capaces de prever la importancia de los movimientos de liberación nacional. Eso posibilitó que no anticiparan la intensa rivalidad económica y militar que se desarrollaría, progresivamente, entre los mayores Estados imperialistas. En sus escritos sobre Francia, Marx había caracterizado el militarismo y el poderoso aparato represivo como rasgos regresivos de la sociedad francesa, comparada con Inglaterra o Estados Unidos. El bonapartismo era para él la antítesis de la democracia burguesa. Con todo, Inglaterra y los Estados Unidos iban a desarrollar al poco tiempo un complejo burocrático-militar tan importante, al menos, como el de Francia. Entre tanto, Francia optaría por un sistema parlamentario burgués similar al existente en los Estados anglosajones. Incluso Alemania e Italia adoptarían formas parlamentarias, aunque menos firmemente. En sus primeros escritos sobre Francia, Marx había insistido en la práctica imposibilidad de crear una república parlamentaria “con instituciones sociales” según el modelo de febrero de 1848. Considerando el desarrollo económico de Francia en aquel momento, estaba en lo cierto. Pero ya en la época de la muerte de Marx, los primeros Estados capitalistas habían empezado a descubrir que no sólo era posible conceder reformas sociales y económicas, sino que además esas reformas eran un modo útil de obtener una fuerza de trabajo más culta y resignada. En esos países, la acumulación primitiva del capital se había reforzado grandemente me-

diente formas muy variadas de pillaje colonial. La aplicación de la ciencia a la industria y el desarrollo de una economía más elaborada y diferenciada habían aumentado en gran proporción la productividad social del trabajo. Sobre esta base, una república parlamentaria con “instituciones sociales” no era ya absolutamente imposible. Esas eran las condiciones que habían configurado el movimiento obrero en los años anteriores a la Primera Guerra Mundial. No obstante, estaban acompañadas por formas más avanzadas de la lucha de clases de las que jamás habían sido presenciadas por Marx y Engels, las primeras acciones de clase del proletariado industrial.

Engels, en uno de sus últimos textos políticos importantes, la “Introducción a la *Lucha de clases en Francia* de Marx”, pasó revista a la trayectoria política que habían seguido él y Marx. Admitía que la mayoría de revoluciones en que se habían esforzado no eran una realidad histórica en 1848, pero mantenía que los últimos desarrollos del capitalismo, con sus “revoluciones desde arriba” y la gran expansión de la industria capitalista, colocaban de nuevo estas cuestiones en la lista de temas a tratar. “La lógica de los ataques por sorpresa, de las revoluciones hechas por pequeñas minorías conscientes al frente de masas inconscientes, ha pasado ya. Cuando se trata de la transformación completa de la organización social, las masas han de intervenir directamente, tienen que haber comprendido de qué se trata, qué es lo que está en juego, por qué luchas en cuerpo y alma”. Engels insiste en este texto en el que el predominio de las formas democráticas burguesas ofrece una formidable oportunidad a los partidos obreros: “El *Manifiesto Comunista* ya había proclamado que la conquista del sufragio universal, de la democracia, era

una de las primeras y más importantes tareas del proletariado militante”. Engels señalaba que la agitación electoral permitía calibrar la fuerza del partido obrero y suponía “un modo inmejorable para entrar en contacto con las masas populares allí donde están todavía lejos de nosotros; un medio para obligar a todos los partidos a defender ante todo el pueblo sus concepciones y su acción frente a nuestros ataques. Además, ha dado a nuestros representantes en el Reichstag una plataforma desde donde pueden hablar a sus adversarios del Parlamento y a las masas de fuera con más autoridad y libertad que en la prensa o en los mítines”. Este texto de Engels ha sido calificado a menudo como una señal de reformismo incipiente. Estaba escrito para una publicación alemana legal; es, por tanto, cauto en sus formulaciones, aunque no debía serlo suficientemente para los dirigentes de la socialdemocracia, ya que eliminaron sus numerosas e incisivas recomendaciones a propósito de la necesidad que tenía el partido obrero de prepararse a conciencia para una próxima prueba de fuerza a realizar con el Estado. No obstante, la argumentación global de la *Introducción* deja claro que cualquier posibilidad legal debía emplearse con el fin de intensificar la capacidad de las masas obreras de asumir por sí mismas su propio destino y, por otro lado, con el propósito de asegurar un resultado victorioso a una eventual confrontación entre los obreros y el poder dirigente. Ciertamente, Engels no olvidaba que el Estado era, esencialmente, una organización de fuerza que defendía los intereses de las clases poseedoras. Preveía que la burguesía haría pedazos sus propias formas constitucionales si éstas amenazaban su propiedad. También predecía que la próxima guerra que el capitalismo estaba preparando sería “de una crueldad inaudita y unas consecuencias absolutamente incalculables”. En la última parte del texto utiliza una analogía con el papel de la primitiva Iglesia cristiana en el Imperio romano, para recomendar la agitación social democrática entre las fuerzas armadas. Señala que los primeros cristianos eran en su época “un peligroso partido de la subversión”, que realizó “una agitación secreta, subterránea”, pero también una agitación pública, incluso en el ejército imperial. Afirma que, eventualmente, aquel partido subversivo se vio forzado a responder a la persecución “incendiando el palacio del emperador de Nicomedia, estando él dentro”. A pesar de las limitaciones que impone la estrategia

ENGELS NO OLVIDABA QUE EL ESTADO ERA, ESENCIALMENTE, UNA ORGANIZACIÓN DE FUERZA QUE DEFENDÍA LOS INTERESES DE LAS CLASES POSEEDORAS. PREVEÍA QUE LA BURGUESÍA HARÍA PEDAZOS SUS PROPIAS FORMAS CONSTITUCIONALES SI ÉSTAS AMENAZABAN SU PROPIEDAD

de Engels para eludir la censura, su lenguaje a lo Esopo es suficientemente claro y, desde luego, su mensaje no es reformista⁵³.

La razón por la que los últimos escritos de Marx y Engels eran susceptibles de interpretarse de modo reformista, reside en que no vivieron lo suficiente para ver las primeras acciones a escala nacional de la moderna clase obrera. Como hemos visto, respondieron cálidamente a la Comuna, pese a que ésta era esencialmente una revuelta apoyada por artesanos, oficiales y pequeños burgueses. Durante la vida de Marx y Engels no se produjeron en toda Europa huelgas generales a nivel nacional ni movimientos generalizados de ocupación de fábricas. Los soviets y los consejos obreros del siglo XX iban a representar un avance con respecto a la Comuna, ya que se asentaban sobre firmes criterios de clase. Sin experiencia de tal tipo de explosiones proletarias, Marx y Engels no podían completar su teoría de la revolución proletaria, pese a que la diferenciaron claramente del blanquismo y de la "confianza democrática en los milagros". La tarea de proseguir el desarrollo de su teoría correspondió a los revolucionarios marxistas que aprendieron las lecciones de 1905 y 1907⁵⁴. No obstante, como pretendíamos mostrar, los que llegaron después de Marx y Engels

53. F. Engels, "Introducción a *La Lucha de Clases en Francia*" de Karl Marx.; en F. Engels, *Escritos*, pp. 300, 294, 295, 303-304.

54. El punto de inflexión que representa la revolución de 1905 en Rusia es tratado por Norman Geras, *The Legacy of Rosa Luxemburg*, NLB, Londres 1976, especialmente en los capítulos dos y tres, y por Marcel Liebman, *Leninism under Lenin*, Londres, 1975. Ambos autores señalan que las consecuencias exactas de la experiencia de 1917 no estaban adecuadamente reflejadas en la teoría bolchevique. *El Estado y la Revolución* reafirma y elabora la argumentación de Marx en los escritos sobre la Comuna, pero no examina el funcionamiento preciso de los soviets. Así, Lenin no dijo nada respecto a la relación entre los soviets y los partidos que actúan en su seno. Es precisamente por esto por lo que se puede hablar de Lenin como discípulo de Rousseau, siempre y cuando se considere únicamente esta obra. El primer texto dedicado de pleno a este problema de las relaciones entre los soviets y los partidos, fue *The Revolution Betrayed* de Trotsky, Nueva York, 1945 (véanse las páginas 265 y siguientes, ver la edición castellana del texto: *La revolución traicionada*, Editorial Fontamara, 2ª edición, Barcelona 1980).

no empezaron de cero a la hora de formular las tácticas y la estrategia proletaria. No venían únicamente equipados con una concepción filosófica, un método de análisis social y una doctrina económica; contaban también con los elementos de una teoría política revolucionaria construida en base a las aptitudes del moderno movimiento obrero.

